

El sensacional crimen de la calle Cochrane :



OBRA DIRIGIDA POR

V. D. R.

REDACTOR NOTICIOSO DE "EL DIARIO ILUSTRADO"

El Crimen de la calle Cochrane

NARRACION DETALLADA Y COMPLETA DEL PARRICIDIO
DE DON DAVID DIAZ MUÑOZ

POR

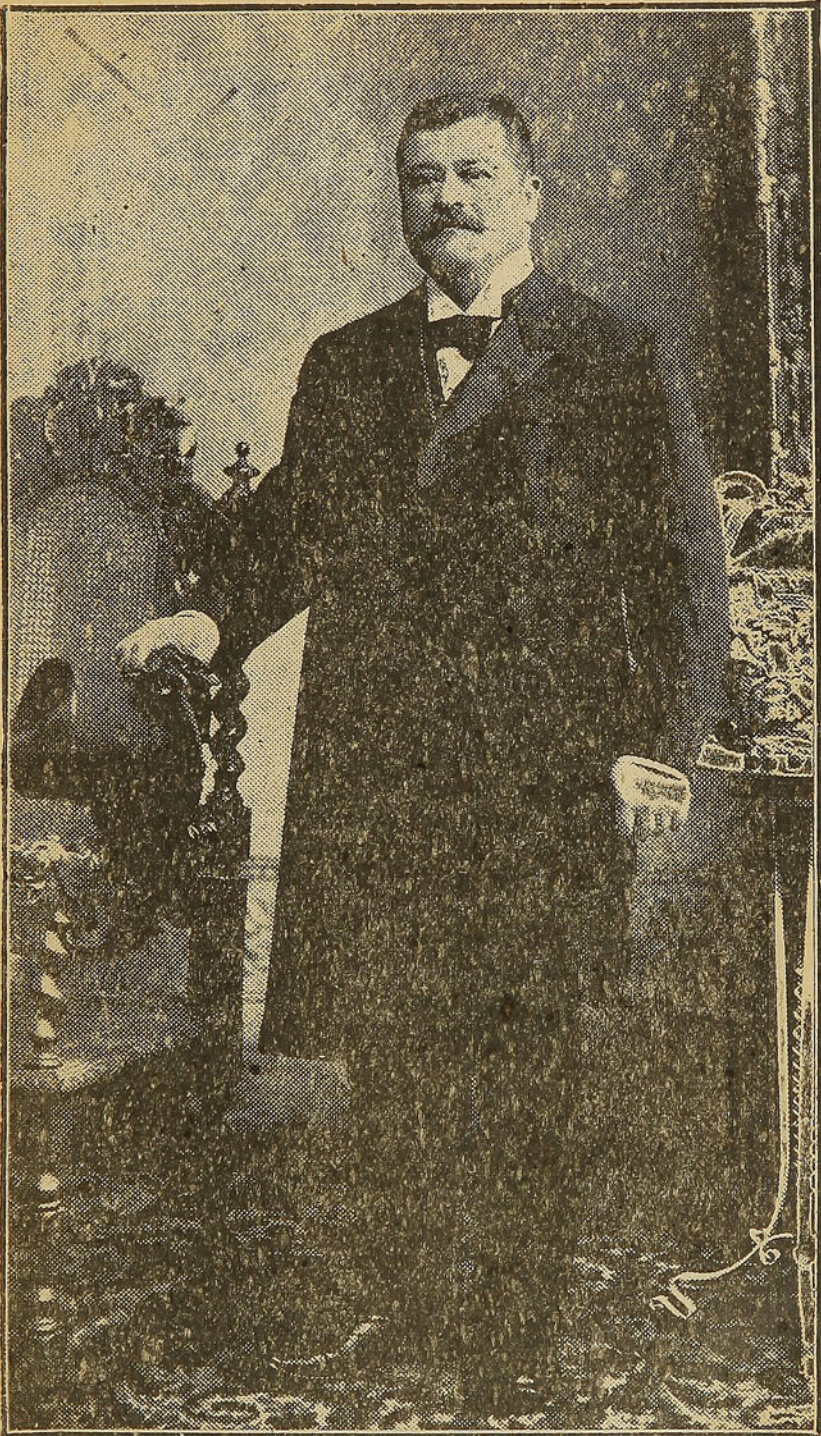
NICK CARTER Y MAX WINTHER



SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA CERVANTES
DELICIAS, 1805
—
1916

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL



DON DAVID DIAZ MUÑOZ

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

EL MATRIMONIO DÍAZ-ROJAS

Empezaba ya el atardecer de la vida para el acaudalado caballero don David Díaz Muñoz, agricultor oriundo de Coinco.

Cincuenta y seis años de vida, gran parte de ella laboriosa, habíanle permitido acumular cierta fortuna, de la que disfrutaba metódicamente, en su residencia solariega de la calle Lord Cochrane, 338.

Tarde había sonado para él, esclavo del trabajo y enamorado de la tierra, la hora de la pasión. Sólo a los 43 años vino a entrársele por los ojos hasta lo más escondido del alma, la imagen de una morena de 19 primaveras, a quien el destino condujo hasta el alero del agreste cuarentón.

Enamoróse entonces el campesino y puso a los pies de la dama de sus pensamientos, no la virilidad y energía de un joven ardoroso, sino las talegas repletas del egoísta calculador, para quien el matrimonio no es sólo cuestión de sentimiento, sino también un medio de comodidad.

¿Los obsequios de tal galán hicieron brotar el fuego en el corazón de la dama? ¿El amor, el interés, el temor a la soltería fué la que la indujo a aceptar el nuevo nido? Quién sabe!..

Desde aquél entonces en los campos de Coinco, un conocido buey suelto vióse uncido al yugo del matrimonio.

La calurosa seriedad del marido, que ya había traspuesto la cumbre en el sendero de la vida, contrastaba con la vivacidad y juvenil energía de su consorte.

Corina Rojas González lucía todas las gracias de la joven recién hecha mujer.

En su rostro lleno y franco, brillaban como ascuas dos ojos de fuego, en los que se transparentaban las ansias del amor, del deseo de gozar de la vida, de hacerse admirar, de disfrutar de los placeres y el lujo que el mundo proporciona.

Engañados ambos por las sensaciones nuevas de esa nueva vida, vivieron felices los esposos en la soledad del lugarejo que presenciara sus arrullos.

Y su felicidad fué colmada por la presencia de los frutos de tal unión, que uno tras otro vinieron a alegrar la tranquila quietud de ese escondido hogar.

El viejo buey suelto no sentía la pesadez del yugo; antes por el contrario, dábale él más fuerzas para seguir incrementando sus cosechas y acumulando el oro en sus graneros, sin que, por lo demás, nada modificara la metodicidad de su vida.

Falto ya de los entusiasmos de la juventud, esperaba llegar tranquilo al término de su jornada, sin pensar que a su lado una alma joven empezaba a sentirse prisionera y desengañada.

En efecto, la joven Corina se hacía cada día más mujer, y pasada la primera impresión de la novedad en la vida de casada y de madre, el hastío tomaba cuerpo en su corazón.

Su cuerpo de adolescente habíase cambiado: sus formas se acentuaban con lineaciones curvas de mujer pletórica de vida, su seno se ahondaba, en sus ojos brillaba con más fuerzas la llama del deseo.

Su naturaleza ardiente e impulsiva, ávida de sensaciones fuertes y de goces intensos, la hacía mirar con horror la vida sin atractivos de Coinco.

Nacida y criada en la capital, la vida del campo era para ella un destierro, era el eterno y monótono despertar del prisionero que sólo a través de los barrotes de su celda columbra una migaja de las esplendideces del universo.

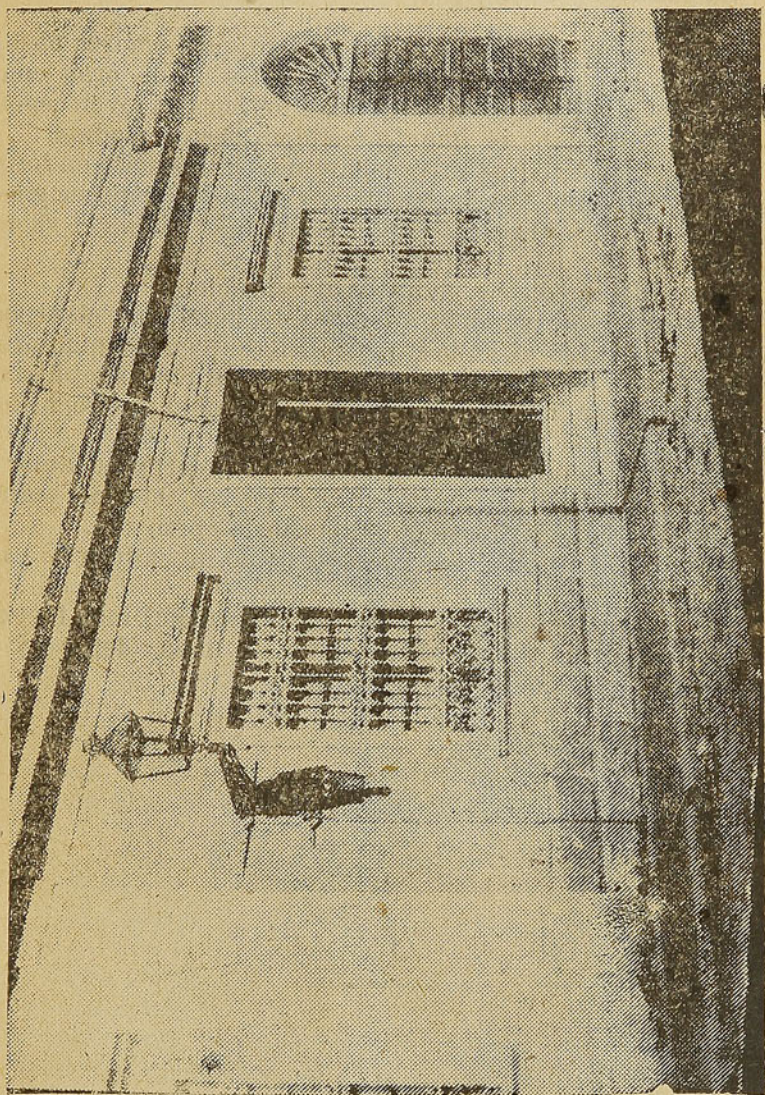
Así lo manifestó a su esposo, y el bondadoso caballero, bondadoso a su manera, acaso sin comprenderla, accedió a trasladar su nido a las goteras de Santiago y se instaló en los confines del campo y de la villa, en el barrio de Lourdes.

La vista diaria de la ciudad populosa, el espectáculo de la vida que bulle en ella, hicieron renacer en el alma de Corina las adormecidas pasiones, las ansias de amor satisfecho con creces, los deseos de lujo y esplendor.

La simpatía que otrora sintiera por su dueño, con cuyo trato diario no pudiera familiarizarse, empezó a trocarse en fastidio, en disgusto.

Ese hombre casi decrepito, insensible a las pasiones, no podía comprenderla ni satisfacerla.

Previsor del porvenir, su mano cautelosa mantenía bien eguros los cerrojos del arca de caudales, y si bien daba co-



CASA DEL MATRIMONIO DIAZ-ROJAS, N.º 338 DE LA CALLE LORD-COCHRANE

modidades a su esposa, distaban mucho de satisfacer los anhelos de esa alma hambrienta de placeres, de agitación, dominada por las pasiones.

La conducta de su esposo no era tampoco la de un modelo de esposo.

Tenía lazos que lo ligaban a los antiguos amores pasajeros de su larga vida de soltería, y tales lazos eran continuas causas de disgustos y sufrimientos para su joven esposa, a quien no bastaba el amor sometido a peso y medida.

Demasiado hábil para transparentar su disgusto en forma abierta, aparentó la esposa sumirse en los silenciosos goces del misticismo, y así se la vió frecuentar asídua el vecino santuario.

Pero tal comedia no podía ser de duración.

De nuevo las súplicas rendidas hicieron que el esposo cambiara el sitio de su hogar y consintiera en trasplantarse, como planta exótica, al corazón mismo de Santiago, fijando su domicilio en la casa número 338 de la calle Lord Cochrane.

Allí Corina se sintió ya libre.

Allí podía sentir que golpeará a sus puertas el amor y podía salir a su encuentro con los brazos abiertos, segura de que el confiado esposo no sospecharía el engaño.

Y sonreía a Cupido, que entraba como un ladrón en casa del viejo agricultor.

Saboreó sus placeres y sintió cada vez con más fuerzas las ansias de la libertad absoluta, de ser dueña del oro y de poder disponer por entero de su vida.

LA MUJER ADÚLTERA

Uno tras otro desfilaron ante su ventana los amantes.

Hasta que un día llegó al hogar de la familia Díaz-Rojas, bajo el aspecto de un profesor de piano de Corina, un misterioso personaje que había de trastornar por completo la existencia de esa mujer.

Jorge Gilas. Sangts, tal era el nombre del nuevo tenorio que llevaría el deshonor a aquel hogar.

Joven, no mal parecido, sin ser un Adonis, el profesor de piano no presentaba un aspecto digno de inspirar las sospechas del confiado agricultor de Coinco, incapaz de coger la fruta del cercado ajeno.

Los antecedentes que de él podían obtenerse, si es que el señor Díaz pensó buscarlos, no harían sino confirmar su confianza en el joven profesor.

Cuantas personas lo conocían lo consideraban un hombre de excelente carácter, con un temperamento tranquilo, muy razonado en su conversación y en sus procedimientos, afable y sincero en el trato con todos, recto en los actos en que era dable juzgar de él: dotado, en suma, de prendas personales que lo hacían apreciable.

El mismo trataba de confirmar la opinión que pudieran formarse quienes lo conocían, relatando en forma confidencial acciones suyas que lo pintaban como hombre de generosos sentimientos.

Hallábase, según él, en Cartagena, adonde solía dirigirse, y una noche que paseaba por la playa, encontró a un caballero que parecía ser presa de una gran desesperación. Debía dos mil pesos y, como no los podía pagar, lo iban a embargar. El señor Sangts lo alentó y, aunque no era su amigo, prometió ayudarlo. Tenía un bono de mil pesos, lo vendió en 922 y prestó al caballero su producido, sin exigirle recibo

siquiera, con la sola confianza de que le pagaría poco a poco, según después así lo ha sido.



CORINA ROJAS DE DIAZ
MUÑOZ

Con tales antecedentes, ¿podía el señor Díaz, sospechar del joven músico que iba a hacer clases a su esposa?

Según sus propias declaraciones, era súbdito alemán, de 24 años de edad y había llegado a Chile en 1912, después de visitar varios países de Europa y América como profesor de piano y de idiomas.

El 20 de abril de 1913, llega a la casa de pensión de la señora Jovina Colina, viuda de don Ludovico Villavicencio Alonso Ovalle 1342, y permanece en ella algo más de 2 años, es decir, hasta principios de mayo de 1915.

Observa en casa de la señora Colina de Villavicencio una conducta irreprochable, enteramente contraído a sus obligaciones de profesor.

Llega puntualmente a sus horas de comida y de acostarse. Va al comedor siempre urgido de tiempo, conversa poco y se marcha a sus ocupaciones.

Habla de vez en cuando con admiración de un hermano militar y con cariño de su madre y de su abuelo, residentes todos en Alemania.

En mayo de 1915, deja la casa de la señora viuda de Villavicencio, conservando siempre su amistad, y se va a vivir como pensionista en casa de una familia de la calle San Antonio, cerca de Mapocho.

En julio de 1915, llega a la casa de la señorita M. R., Santa Rosa 77, y solicita en arriendo una pieza para dormitorio.

La señorita M. R. es una distinguida educacionista de la provincia de Coquimbo, que tenía en su casa como pensionistas a dos jóvenes alemanes, ocupados en el centro comercial. Aceptó en su casa al señor Sangts, porque se presentó como un correcto caballero, advirtiéndole que daría en su habitación lecciones de música e idioma a varios alumnos.

Allí llegó también a dar sus lecciones, en más de una ocasión, la joven esposa del señor Díaz, Corina Rojas González.

El profesor de piano era un experto Tenorio, conocedor a fondo del corazón femenino.

Como hábil psicólogo, no le fué difícil comprender que su nueva discípula estaba aburrida de la monotonía de su existencia, y forjó en el plan de hacerse amar de ella y conseguir sus favores.

Una palabra de admiración ante la forma de sus dedos, sobre su temperamento de artista, un roce descuidado y al parecer involuntario de sus mejillas, fueron eslabonazos que hicieron prender el fuego de una nueva pasión en el alma atormentada de Corina.

El profesor retrocede entonces y aparenta severa indiferencia por su discípula, lo que aguijonea en ésta las ansias del deseo.

El profesor se atrasa o falta estudiadamente a sus lecciones, lo que hace a la discípula correr hasta la calle Santa Rosa, donde la severidad de las dueñas de casa, que mantienen en su salón y a puerta abierta el piano del profesor, no permite los desbordes de la pasión.

La farsa del profesor no podía durar y pronto el maestro y la discípula se convierten en amantes.

Así se les ve un día, de mañana, juntarse en una cita al pie de la estatua de O'Higgins, en la Alameda, y dirigirse juntos en un tranvía hacia el barrio de la Estación.

¿A donde van?

Cupido los guía.

Con el sonido de sus flechas que se entrechocan en el carcaj, indícales el camino de la parte baja de la calle Manuel Montt, donde se agrupan una serie de hoteles y casas de citas, adonde van a saciarse los amores ocultos.

De allí vuelve Corina más prendada que nunca de su amante y más hastiada que nunca de su infeliz marido.

Este será de hoy en adelante para ella una fatal pesadilla, un bulto inútil y molesto, del que será necesario deshacerse.

Incapaz de comprender el pobre viejo, las causas del disgusto que le manifestaba su esposa, multiplica sus atenciones, trata de satisfacerle sus menores caprichos.

Pero tales atenciones no hacen sino exacerbar a la mujer irascible y dominada ya por una pasión que nada contiene, ni el sentimiento de la propia dignidad, ni la gratitud debida a su esposo, ni el amor de sus hijos, ni el temor al qué dirán del vecindario.

La pasión la domina y desentiende todo lo que no tienda a satisfacer sus desordenados apetitos.

El amante ha ido profundizando en el corazón de la mujer que lo adora y empieza a disfrutar los goces que previera.

—¡Jorge—dice ella—te amo tanto, tanto!... Quisiera estar contigo todos los instantes de mi vida; estrecharte entre mis brazos; refundirme contigo en una sola vida...

Tú ¿me amas?

—Sí, Corina; tú eres mi dicha.

—Sin embargo, no vienes.

Voy a buscarte a tu casa y no te encuentro.

—¡Ah! Mi amor; es necesario vivir. Tengo que atender mis clases.

—¡No! No y no! Yo quiero que seas mío, mío solo; que sólo en mí pienses; que no te preocupes de nada más que de mí...

—Pero...

—¡Yo lo quiero!

—¿Y mis clases?

—Las dejas.

—¿Cómo?... Y con qué pago mi pensión y mi pieza?

—Yo te doy. Toma...

Y la amante se desprende de sus joyas, fruto del trabajo honrado de su confiado esposo, para entregarlas al hombre que la enloquece.

—No, no—dice el tenorio, violentando sus sentimientos y aparentando escrúpulos.

—Sí, sí; toma...

¿A qué seguir la comedia? No era ése el objeto que perseguía?

Brillándole los ojos de codicia, tiende la mano con aparente repugnancia y las joyas van a perderse en el fondo de sus bolsillos para ir después a la caja de seguridad de alguna agencia.

Una a una desaparecen por este camino las joyas de la

esposa, que el bondadoso marido, ignorante de lo que ocurre, no tiene reparo en reemplazar por otras.

Y junto con las joyas van a parar a poder del amante todas las sumas de dinero que su marido da a Corina para la satisfacción de sus necesidades personales, y aun más, el producto de la venta clandestina que la mujer hace en la casa de moneda, de un lingote de oro de su esposo.

La niña amante del lujo, las flores y los perfumes, no atiende cuando mujer a otra cosa que a satisfacer su pasión desordenada, a agrandar el hambre objeto de sus amores.

De su cuidado en el vestir y de su delicadeza en el tocador, sólo quedan las apariencias.

El amante no se preocupa de la presentación estética de ella: sólo quiere su dinero.

Así las ropas de Corina desmejoran, sus perfumes llegan al último límite de lo ordinario.

Pero a Sangts, ¿qué le importa? Ha conseguido su objeto de vivir a costa de los sacrificios de su amante y con ella se entretiene, en paseos y excursiones, y ante la expectativa de una próxima y mayor fortuna.

TERNEZAS Y PERFIDIAS

Entre tanto, ¿qué es del marido?

Ignorante del abominable engaño de que es víctima, no acierta a explicarse los cambios operados en su esposa.

Afable, condescendiente, benévolo, se desvive por satisfacerle sus necesidades, sin que sus atenciones consigan otra cosa que provocar las iras de su mujer o su indiferencia o sus burlas en presencia de otras personas.

El marido calla, sin llegar a imaginarse nunca ni la centésima parte de la conspiración que se fragua contra él.

Esposo tierno, padre amante, se preocupa de la felicidad de su mujer y del porvenir de sus hijos.

Corina conoce los sentimientos de su esposo, y en ellos ve un medio para mejorar su fortuna cuando desaparezca del escenario ese viejo cuya presencia le es odiosa.

—Ñato—le dice con voz cariñosa,—si nos muriéramos nosotros, ¿qué sería de los niños?

—¡.....!

—¿No te parece que debemos asegurarles el porvenir?

—¡Como no, indudablemente! Pero no tenemos por qué preocuparnos, puesto que poseemos una regular fortuna.

—Sin embargo, son cuatro y no estará demás mejorarlos.

¿Qué le parece que nos aseguremos la vida los dos?

—Es una buena idea, mi Corina, que habremos de poner en práctica.

—¿En cuánto crees que podremos asegurarnos?

—Dochientos mil pesos.

—¡Oh! Es mucha plata.

—¿Cien mil?

—Bueno.

Y la señora busca a los agentes que habrán de proporcionarle esta nueva expectativa de gran lucro.

Desgraciadamente para ella, don David padece de angina

péctoris y las compañías aseguradoras no quieren cargar con el muerto.

—¡Oh!—exclama la esposa, dando expansión a su ira y su rencor,—este viejo es inútil, ¡ni para morirle sirve!

¿Hasta cuándo me molestará este viejo chocho?

Y sin tener cerca al amante, recorre con impaciencia los departamentos de la casa, hasta llegar a la cocina, donde dice a la vieja cocinera Francisca González:

—Ruega a Dios que se muera pronto el ñato, para casarme con un hombre joven.

La vieja cocinera no es de la pasta del confidente y la señora se aleja con fastidio para ir a encerrarse en su cuarto, donde la esperan dos buenos amigos suyos desde hace poco: el cigarro y la botella.

Corina fuma y bebe, para embotar sus sentidos; pero el alcohol no hace sino dar pábulo a su pasión desordenada y culpable, hasta que el sueño la invade y la hace pasar largas horas de letargo.

El exceso de alcohol mina su organismo y la hace presa de ataques histéricos que alarman a su marido.

Pero las atenciones de éste la irritan más y más, y la hacen desear con más ansias que desaparezca del escenario de los vivos.

La miseria de la vida que hoy cree sufrir, le recuerda los días de desesperación que cuando moza soportara allá en su humildísimo hogar de Ñuñoa, donde se sentía prisionera, y ansiaba trasladarse al centro de Santiago.

Entonces, su madre era el único obstáculo para que el viejo despachero de su progenitor, se opusiera al abandono de los terrales de Ñuñoa por las calles de la capital.

Corina no trepidó, en tal emergencia, en calumniar a su propia madre, inventándole infidelidad conyugal, y para mayor agravio, con un mozo de la casa.

La calumnia de tal hija, destruyó para siempre el hogar de la familia Rojas-González; pero Corina vió satisfechos sus deseos de vivir en Santiago, y pudo entregarse con deleite al goce de primicias del amor.

¿Sentirá ahora que sus hijos puedan quedar sin padre?

¿Se detendrá siquiera a considerar las dichas de su hogar deshecho, quien fué la causante infame de que se destruyera el de su infancia?

Nada la impresiona ahora, ni la ternura de su esposo, ni la inocencia de sus hijos.

Sólo siente el deseo de que desaparezca ese viejo anginoso que la fastidia.

¿Para qué sirve?

Una sola cosa la preocupa, una sola persona la sonríe.

Jorge Sangts, he ahí su preocupación, su única pesadilla.

Sentada en un sillón, con un cigarrillo encendido entre los labios, mira desvanecerse las volutas de humo y sueña con su amante.

Sus ojos pintados con tinte «Indiana» y que brillan como ascuas en medio de su rostro mofletudo y sahareño, danle el aspecto de una odalisca fogosa de los haremes de la India.

Sueña, y en sus sueños se ve libre del viejo guardador, libre y en compañía de Jorge Sangts, con el que recorre el mundo en una gira de placer y de derroche.

La tos del marido, a quien la angina consume, la hace volver a la realidad y caer del mundo de ensueños a que su fantasía la llevara.

—¡Hasta cuándo! exclama con desesperación, agitándose en su asiento.

Y se siente abatida y su pensamiento se arrastra por el mundo de la realidad.

Largo rato se queda ensimismada, pensando en sus amores y en las que ella llama sus prisiones.

De repente, una idea luminosa pasa por su mente y dándose con la mano una palmada en la frente, se levanta con el rostro iluminado con una sonrisa de triunfo.

Presurosa corre a su alcoba, colócase el sombrero y se dirige a la calle Santa Rosa, donde vive el cómplice de sus amores nefandos.

LA CONSULTA DEL ORACULO

—¡Jorge!

—¿Qué, mi amada Corina?

—Vengo a buscarte.

—Voy.

Salen ambos, creyendo el hombre que van otra vez al antro de la calle Manuel Montt, donde un súbdito chino les proporciona por módica suma el oculto escenario para la explosión de sus amores.

Pero, no; Corina toma un tranvía de la línea la Palma y se dirige con su amante a la Avenida Independencia, donde descende al final de la cuadra 8.

Busca entre las numeraciones y se detiene ante la casa 865.

¿Quién vive ahí?

Golpea Corina y a su llamado acude a abrir una vieja de cara maliciosa, que sin mayores preguntas le abre la puerta y la hace pasar.

La dueña de casa examina a sus visitantes de pies a cabeza, observa las manos de la mujer, en las que brilla el anillo de desposada, y sonríe satisfecha por lo bajo, mostrando apenas sus dientes amarillentos.

Nos encontramos en el santuario de una de esas sibilas de la antigüedad o machis de las selvas araucanas; que predicen las buenas y las malas venturas a los mortales y que para cada dolencia tienen un remedio.

La adivina se sienta ante una mesa de colihues cubierta con un trapo negro y ofrece a sus visitantes dos sillas de totora.

—¿Uds. vienen a consultarme? pregunta.

—Sí, señora, yo soy...

—No me diga nada, no me diga nada.

Veremos las cartas lo que dicen y después me contará su historia, mi señorita.

La adivina extrae de la faltriquera una grasienta baraja y la extiende pausadamente sobre la mesa.

—¡Ah! mi señorita—dice,—Ud. es casada; pero no quiere á su marido.

Y al decir esto mira a sus oyentes, en los que observa una recíproca mirada de inteligencia y aprobación.

—No quiere a su marido—prosigue—porque es un hombre viejo.

Nueva mirada al rostro de sus oyentes, en cuyos ojos descubre una respuesta afirmativa que la satisface, como lo demuestran sus labios, que se contraen en un conato de sonrisa.

Ya está abierto el camino y la sibila puede seguir hablando en un terreno seguro.

—No quiere Ud. a su marido, prosigue, porque es viejo y avaro.

No le da a Ud. todo lo que quisiera.

Pero su corazón ha nacido para amar, y amar mucho.

Una mirada se cambia entre los oyentes.

—Ud. ama, sigue diciendo, a un hombre joven, rubio.

Si no me equivoco, es el caballero que la acompaña.

—Sí; es cierto. ¡Mi marido es tan malo!...

—Ud. desearía que su marido se muriera...

—.....

—Voy a darle unos polvos de zahumerio para que queme en su casa. Con este zahumerio tendrá Ud. la felicidad.

La adivina entrega a sus visitas un paquete y después de recibir buena paga por su consulta, las despide.

Al cerrar la puerta, la vieja suelta la carcajada y hace sonar con deleite las monedas que han quedado en sus manos.

—¿Ves? dice Corina a su amante. ¿No te decía yo que estas mujeres adivinan?

Mira que ¡adivinar que soy casada y que no quiero al viejo, sino que te quiero a ti!

—Cierto.

—¡Si el viejo se muriera!

—Iríamos a Europa y nos casaríamos los dos, ¿no es cierto?

—¿Me quieres tú?

—Sí, Corina.

—¿Mucho?

—Mucho

—Yo te adoro a ti.

—Y yo a ti.

—Ya es tarde. Ven esta noche a verme a mi casa.

El viejo estará durmiendo y no nos sentirá.

Toma la llave de la puerta.

Jorge Sangts recibió de su amante la llave de la puerta, por la que había de llegar a ese hogar ya deshonrado, el colmo de la infamia, al lecho mismo de la esposa y al lado de la alcoba del marido, que duerme confiado en la fidelidad de la madre de sus hijos.

Esa noche Jorge Sangts llegó a la casa de su amante sigilosamente, como un ladrón, y entre los dos bebieron a la salud de la adivina y dieron fuego al zahumerio, cuyo acre olor hizo toser más que de ordinario al desgraciado don David.

Jorge Sangts ha descubierto un nuevo medio como explotar el extraño influjo que ejerce sobre su amante, y se servirá de él.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

LA SIBILA DE LA CALLE CAMILO HENRIQUEZ

Los zahumerios de Salomé Jofré, la adivina o bruja de la calle Independencia, no produjeron mayor daño en la salud de don David Díaz Muñoz.

—Talvez otras den mejor resultado, pensó Corina, y en compañía de su amante fué a visitar a Irene Tapia en Maipú, a Ana Hosten, que tiene su oráculo allá en la calle Maule número 953, y a la más vieja de las sacerdotizas del Misterio, Rosa Cisternas, que predecía la buena o mala ventura en su santuario de la calle Camilo Henríquez.

Al dirigirse al oráculo, decía Corina a su acompañante:

—Necesito que me den un remedio que le acorte la vida al viejo. Ya no puedo sufrirlo.

—Estas brujas, dice Sangts, suelen proporcionar remedios de esa especie.

—Sí; tendrán que dármelos. Les pagaré lo que pidan.

—En Bolivia he visto preparar un veneno de serpiente que mata sin dejar huellas.

Tu marido se ha de morir pronto.

Y con sus respuestas estudiadas, afirmaba más y más en



La adivina Rosa Cisternas

su amante la idea de hacer desaparecer al hombre que les era odioso.

Rosa Cisternas, en cuya cara apergaminada y enjuta de los 84 años, brillan unos ojillos picarescos, recibiólos con mucha amabilidad y se dispuso al ejercicio de su arte.

Sin dificultad conoció que la hermosa señora era casada con un hombre viejo y avaro y que suspiraba y pensaba por un rubio joven y simpático.

—¡Ah! señora, decía Corina, el viejo es malo, malo, muy malo.

Es un hombre gastado por la edad, que no me proporciona ningún placer, que me hace sufrir, me tiraniza, no me da un centavo.

El mismo da a la sirvienta la plata para el mercado; hace las compras en el despacho; apunta hasta lo que gasta en carro.

¡Jesús! María! Cuando me libraré de él!

¡Quisiera que se muriera pronto!

En esta primera consulta, Rosa Cisternas dió a su impulsiva cliente un zahumerio que habría de concluir con la avaricia de su marido.

Mas esto no bastaba y Corina, instigada por su amante, volvió al oráculo y laboratorio, en busca del remedio que concluyera con la existencia del viejo impotente y mezquino.

Los ojillos de la bruja brillaban de contento y sus labios se contraían dejando ver las encías descarnadas.

Más de una vez un frasco de agua de la llave con zumos de colores, salió de su laboratorio a cambio de buenos pesos de la bolsa de corina.

Pero aquello era lento, muy lento. La eficacia de los brebajes y zahumerios no se hacía notar, y entre tanto urgía desprenderse del viejo para retener definitivamente a Jorge Sangts, que en tales circunstancias manifestaba querer irse.

Corina fué donde la Cisternas y le expuso en confidencia completa su situación desesperada y sus deseos.

Era preciso que el tirano que la aerrojaba desapareciera.

Era preciso que volviera para ella la libertad, y con la libertad la felicidad, que su vida era un martirio.

¿Cómo podría, si no, unirse eternamente a Jorge Sangts, su único amor y único anhelo?

La vieja se enternecía ante las confidencias de esa desgraciada señora y algunos lagrimones corrían por los hondos surcos de sus mejillas arrugadas.

Ella también había sido joven y había sentido los mismos impulsos del amor.

Pero interiormente reía y celebraba que se le abriera tan fácilmente el camino para llevar a cabo el encargo que recibiera de Jorge Sangts.

Había recibido de él un cheque por cien pesos, y era necesario servirlo.

—Sí, señora, decía Corina, hasta Dios miraría con complacencia mi felicidad, unida para siempre al hombre que adoro.

La vieja prometió ayudarla para la consecución de sus propósitos, hondamente conmovida, y después de consultar detenidamente el naípe, meditando largo rato sus indicaciones, confeccionó una pócima de efectos segurísimos para concluir, sin dejar rastros, con la vida de don David Díaz Muñoz.

Pero el hombre tenía la vida dura, a pesar de la angina que oprimía su pecho, y los conjuros de Rosa Cisternas y sus brebajes y zahumerios nada podían contra él.

Entre tanto, Corina se exasperaba cada día más y miraba con horror la prolongación de su existencia en las mismas condiciones.

En una conferencia con Jorge Sangts convinieron en deshacerse por medios violentos del aborrecido esposo, ya que las artes del brujería nada podían contra él.

El puñal o la bala serían instrumentos de exterminio contra los que no resistiría la naturaleza, que parecía blindada, del viejo marido.

EL PLAN SINIESTRO

Tomada la resolución, Corina se dirige a la calle Camilo Henríquez, dispuesta a que sus propósitos se realicen.

—Sus zahumerios y sus remedios, dice a la bruja, nada pueden contra la vida de mi mal marido.

Siempre avaro, siempre tirano, parece destinado a vivir un siglo.

—Tendrá *pauto* talvez, responde la vieja, o llevará algunas *contras* con las que yo nada puedo.

—Sin embargo, yo necesito que desaparezca.

—.....

—Sí, señora; que desaparezca; porque su existencia es lo que impide mi felicidad.

—¡Que Dios se la dé, mi buena señorita!

—Quiero que desaparezca ese viejo, le repito, y Ud. habrá de proporcionarme los medios.

—¿Yo?

—Sí, Ud. . . .

—Pero si he hecho todo lo que me era posible.

—Puede hacer más.

—¡Ah! Sí. Traígame una prenda del caballero, un calcetín, por ejemplo; y su retrato, y le voy a hacer un conjuro.

—Que sería tan inútil como lo demás. . .

—Mi señorita, ¿cómo no cree en mí, ahora? por qué no tiene confianza?

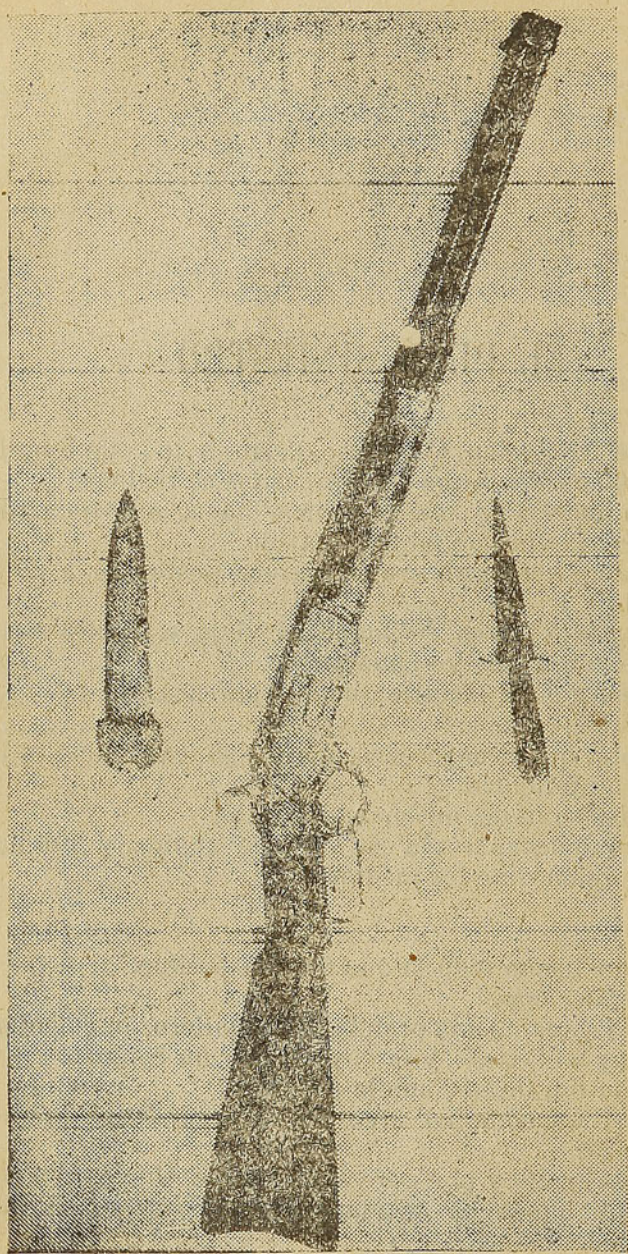
—Confianza tengo y por eso vengo donde Ud., con la seguridad de que habrá de ayudarme para conseguir lo que deseo.

—¿Está dispuesta a hacerlo?

—Haré lo que Ud. me diga.

—Bueno. Quiero que el viejo muera.

—Yo le haré el conjuro.



LA CARARINA Y LA DAGA DE QUE SE SIRVIO EL ASESINO PARA ULTIMAR A SU VICTIMA

—No, señora. Déjese de conjuros y de leseras que a nada conducen.

—¿Cómo, entonces?

—Es lo que voy a decirle. Quiero que el viejo muera en forma positiva y cierta, pronto, muy pronto...

—Habría que hacerlo «a mano».

—Bueno. Para eso se necesita una persona que se encargue de hacerlo.

—.....

—Ud. debe proporcionarme ese hombre.

¿.....?

—Su marido, por ejemplo.

—¿José?

—Sí.

—¡Ah! Señorita. Cerda es incapaz.

—Búsqueme Ud. otro, entonces.

La vieja se queda meditativa.

Corina se impacienta y dice:

• —Déme el hombre que obre como Ud. me ha indicado.

—.....

—Deme ese hombre

—¿Y si nos pillan?

—A Ud. no habrán de pillarla nunca. Nadie sabrá que Ud. me ha buscado la persona que necesito.

—Casi no me atrevo.

—¿Pero qué peligro corre Ud?

Y aunque corriera: yo tengo plata y podré libertarla.

—.....

—Además, le daré una buena suma si me hace este servicio. En caso contrario, la denuncio como que me ha dado veneno para que mi marido muera.

—¡Ah! no, mi señorita.

—¿Consiente, entonces, en acceder a lo que le pido?

—Bueno, conozco uno.

—¿Cuándo me tendrá aquí al hombre?

—Mañana, talvez.

—Vengo mañana;

—No; mejor será pasado mañana.

—Bien; vendré pasado mañana.

Confío en que Ud. habrá de servirme.

—Sí, mi señorita.

—Hasta luego.

—Hasta luego.

EL HOMBRE DEL PUÑAL

Fiel a la consigna, Corina aparece dos días después en el santuario de la bruja de la calle Camilo Henríquez.



EL ASESINO ALBERTO DUARTE

—¿Me tiene al hombre?—pregunta—prescindiendo del saludo.

—Sí, mi señorita; he visto a uno.

—¿Es hombre valiente?

—¡Ah! mucho.

—¿Dónde está?

—Lo mando a buscar.

José Cerda, por indicación de su consorte corre al conventillo 261 de la misma calle, en busca del sujeto.

—No dejes de traer al «Saco de luche», le dice la adivina.

—¿El «Saco de luche»? pregunta Corina.

—Así lo llaman, señorita.

—¿Lo conoce Ud. mucho?

—Es muy conocido este niño.

—¿No teme a la muerte?

—No; no hace mucho mató al «Relojito», cochero como él.

—¿Por qué?

—Por una mujer, en una parte donde estaban viviendo juntos.

Lo tomaron preso, pero luego salió libre.

No le teme a la justicia. Mató al «Relojito» y, además, a dado sus tajitos a tres mujeres con quienes ha vivido.

—Bueno, bueno, exclama Corina, satisfecha.

Y se presenta ante ella un hombre bajo, fornido como un tronco, moreno, pelo negro, bigote escaso sobre un labio grueso y prominente, mirada osca y esquiva, mal trajeado; en conjunto, antipático.

Corina lo mira y le tiende la mano con familiaridad.

A primera vista se da cuenta de que ése es el hombre que necesita.

Se informa de su nombre y de lo que ha hecho.

Se llama Alberto Duarte Serrano e ingresó al gremio de cocheros, el 1.º de Febrero de 1905, y prestó sus servicios en las posadas que a continuación se expresan, hasta el 19 de abril de 1907:

Miguel Ramírez.—Desde el 1.º de Febrero de 1905 hasta el 1.º de Marzo de 1906.

Leonardo Hüber.—Desde el 2 de Marzo de 1906 hasta el 6 de Julio de 1906.

Máximo Valdés.—Desde el 17 de Julio de 1906 hasta el 20 de Febrero de 1907.

Rafael Montes.—Desde el 19 de Abril de 1907, fecha en que no volvió a solicitar nueva matrícula, hasta el 19 de Agosto de 1915, la que no le fué concedida, por haber certificado la Sección de Seguridad que había sido detenido por hurto frustrado, el 5 de Febrero de 1915, y por sospechas de homicidio, el 20 de Abril.

Fué cochero de don Eugenio Castro, quien lo despidió de su servicio por esta última travesura.

Corina le expone con lujo de detalles su vida de martirio y la maldad de su marido, que Duarte no dejará de com-

prender, como que se ha visto obligado a eliminar a tres mujeres.

—Necesito que el viejo muera, concluye Corina.

—Sí; puede hacerse, replica el especialista, con una sonrisa.

—El viejo va a Coinco algunas veces, dice Corina, y allí puede trabajar Ud. Yo le daré quinientos pesos.

—¿Cuándo?

—Cuando el viejo desaparezca.

Por ahora, tome.

Y le entrega como avanzada y en prenda de pago, un flamante billete rojo de cinco pesos!

—Nos veremos aquí a menudo y le avisaré el día en que podrá operar.

No digan nada, para que todo nos salga bien.

Duarte, la adivina y su esposo prometen silencio y queda convenido el plan

Días después, Corina vuelve a buscar a su nuevo amigo y lo conduce hasta la estación Alameda, para que se vaya a Coinco a cumplir la «diligencia» convenida.

Duarte se va; pero en el camino se encuentra con un agente de policía, y creyéndose expiado, renuncia por el momento a su tarea.

Vuelve a Santiago como había ido y se encuentra una vez más en el punto de cita, con la Corina, que lo recibe indignada.

—¡Cobarde! le dice la mujer, te creía más resuelto.

—Buena cosa, señorita, replica el interpelado. A mí no se me huela; pero me encontré con un niñoco de la sección, y Ud. comprende. . .

—¿Qué?

—Que me pillaba al tiro.

—¿Y entonces?

—Lo dejaremos para otra vez. ¿No le parece?

—Bueno; pero, ¿no te echarás para atrás?

—No, señorita; si no le temo a nadie ni me tiritita la pajarrilla por un tajito. Continúa que. . .

—Te daré, como te he dicho, los 500 pesos convenidos.

—Póngale, no más.

Queda convenido que Corina vendrá a buscarlo a la misma casa el día que estime conveniente para hacer la «diligencia».

Con nuevas protestas de recíproca reserva, se separan de nuevo hasta que Corina dé el aviso.

Los brujos y el bandido guardan para sí el secreto, pero Corina, feliz ante la perspectiva de ver realizados sus de-

seos, hace confidencias a Sangts de la próxima desaparición del viejo avaro, imponiéndolo de los detalles del plan preparado.

Y entre tanto, los conspiradores esperan el día en que la sangre habrá de derramarse.

José Cerda, aleccionado por su consorte, se convierte en el amigo inseparable de Duarte, a quien obsequia con continuas libaciones y cuya codicia agujonea pintándole la facilidad del «negocito».

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

LA NOCHE DEL CRIMEN

Llegó por fin el día que en el libro del destino estaba señalado para el término de la existencia de don David Díaz Muñoz.

Era el viernes 21 de enero de 1916.

Corina Rojas amaneció contenta como raras veces la veía su esposo, para quien tuvo ese día mimos no acostumbrados.

El pobre viejo se sentía feliz y acaso columbró un cambio decisivo en la conducta de su mujer.

Corina salió temprano, como lo hacía a menudo, y fué á verse con su amante, a quien declaró decidida que se acercaba el día de su dicha.

Jorge Sangts participó de su alegría.

El amor sonrióles ese día como tantas otras veces, y Corina se sintió reanimada para llevar a cabo sus propósitos.

De la cita con su amante se dirigió a la casa de Rosa Cisternas, donde esperaba juntarse con el hombre del cuchillo, brazo ejecutor de sus propósitos.

La vieja adivina sonreía al verla llegar agitada, y sin necesidad de que se lo indicara, despachó al sobrino de su esposo, Arturo Cerda, niño de siete años, en busca de Alberto Duarte.

El hombre no se hizo esperar.

Corina recibiólo con cariño y precisóle ahora que esa noche debía realizarse el golpe.

—No faltes esta noche— le dijo.— A las 7 te espero en mi casa y despachamos al viejo.

—.....

—En cuanto te desocupes te daré los 500 pesos convenidos.

—Bueno.

—No faltes.

—No faltaré.

—A las 7 en punto.

—A las siete.

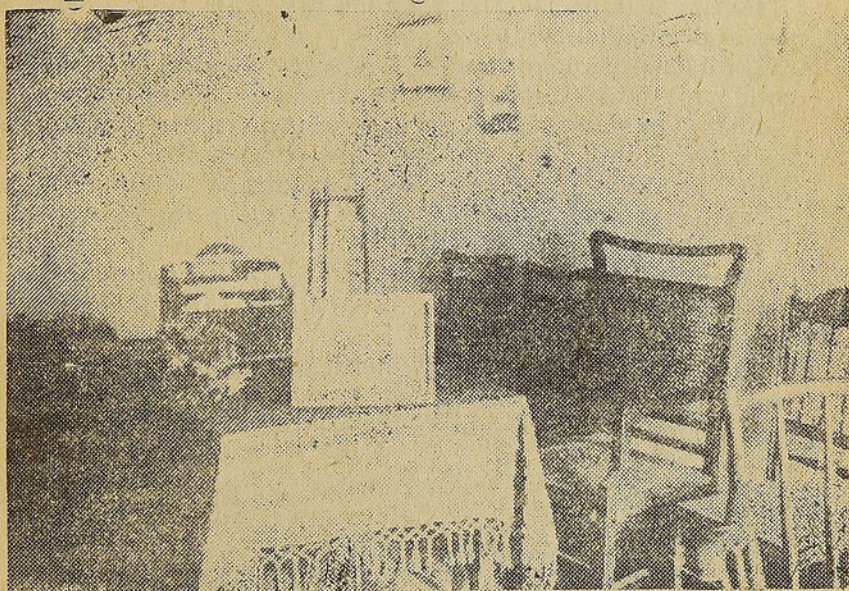
La vieja Cisternas intervino para ligar a los conjurados en un pacto solemne.

De un rincón oscuro de su cuarto extrajo un Crucifijo enmohecido, y presentándolo a Corina, propuso el juramento de los cómplices para guardar el secreto y negar en absoluto en cualquier caso.

Tomó Corina la imagen que le presentaban y juró.

—«Juro no confesar nunca la verdad, aunque me maten.»

De las manos de Corina pasa el Crucifijo a las de Duarte,



SALA EN QUE ESTUVO OCULTO EL ASESINO

y éste jura solemnemente ser puntual a la cita, guardar el secreto y no confesar nunca.

La vieja sonríe con risa demoníaca al presenciar tal ceremonia, y guiña los ojos a su marido.

Entre ellos se entienden.

Corina se dispone a salir, despidiéndose con un:

—Hasta esta noche.

—Hasta las 7, contesta Duarte.

Jose Cerda se acerca a éste y ambos se van a continuar su francachela.

Los dos amigos se dirigen a la calle Santa Isabel, a casa de Zoila Parada, y el vino corre sin medida.

Corina regresa a su casa, donde espera con impaciencia la hora de la cita.

Y llega esa hora.

Empezaba a oscurecer.

Los tranvías cruzaban rápidos, con su vientre repleto de pasajeros, que iban de regreso al hogar.

Las siete eran dadas en la torre de la iglesia vecina, con el pausado tañido de la campana perezosa.

Corina se impacientaba y a cada rato salía a la puerta a ver si llegaba su hombre.

Los faroleros iban dando luz a las mechas de gaz y la calle empezaba a mostrarse silenciosa.

Al fin apareció, rosándose contra las paredes y con paso inseguro, el bulto de un hombre que se acercaba.

Corina lo observó, hasta que el hombre se detuvo frente a la puerta, dando un tropezón con la que lo esperaba.

Era Duarte.

Rápida cogiólo Corina de la mano, y lo introdujo con sigilo a una sala pequeña que da a la calle, al lado del pasadizo de entrada.

El hombre se sentó cómodamente, acaso por primera vez en su vida, en un ancho sillón.

—Espera aquí — díjole Corina — hasta que venga a buscarte.

Si alguien entra, — ocúltate detrás de esa cortina y pasa a la otra pieza, pues voy a dejar la puerta sin llave.

Y salió presurosa para el interior.

Poco después golpeaban a la puerta de la casa y don David recibía risueño a sus cuñados don Senén y don José Luis Rojas, al subcomisario de la 7.^a sección, don Emiliano Feliú, y a sus amigos señores Arturo Gómez y Kurt Spuhr, que esa noche se sentaban a su mesa.

La alegría parecía reinar desembozada en esa casa, desde el anfitrión y sus invitados, hasta la fregona de la cocina.

¿Y Corina?

Al sentarse los invitados a la mesa, dejólos un rato atendidos por el dueño de casa y ella corrió a llevar al hombre escondido, una copa de vermouth.

—Tómate esto, le dice, y ten paciencia.

Con la cara serena y risueña, perfectamente tranquila,

como si nada anormal ocurriera en su vida, regresa al comedor y toma parte en la alegre charla general.

Como su esposo, se desvive en atenciones para con sus comensales.

Celebra las anécdotas y ríe como el que más.

Insensiblemente pasan las horas en esa atmósfera cálida de espontaneidad y franqueza, sin que nada trasluzca en Corina la impaciencia que siente, cual el felino que aguza sus garras y espera innóvil, como dormido, la confiada presa en cuya sangre habrá de saciarse.

Por fin, concluye la comida y don Arturo Gómez se dispone a retirarse, sintiéndose indispuesto.

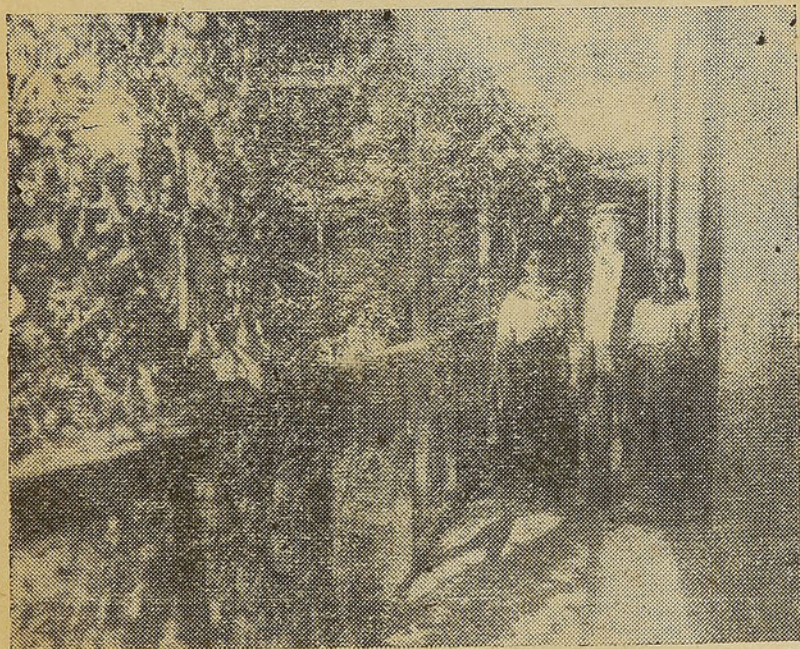
Los demás comensales van a hacer la sobremesa al fondo del sitio, bajo un parrón iluminado con bombillas eléctricas.

Corina vuelve al escondite que oculta a Duarte, a llevarle una nueva copa de licor y a infundirle ánimos.

—Se acerca el momento—le dice.—Sangre fría y valor. Ya vendré a avisarte.

Vuelve al salón, se sienta al piano y hace correr los dedos por el teclado.

Toca con mano firme la sinfonía infernal de Mefistófeles.



■ RINCÓN DE LA CASA DEL CRIMEN, DONDE SE VE EL PARRÓN.
—APARECEN EN LA VISTA, DOS DE LAS CRIADAS

Las notas se elevan vigorosas, despertando en el alma de la que las produce, sentimientos y deseos de exterminio...

La música se siente débilmente allá en el emparrado, donde los hombres bromea y fuman.

—Don David, dice álguien, vayamos a divertirnos.

—Bueno, replica sonriendo el interpelado, cuya edad lo ha hecho ya olvidar esos fáciles placeres que hasta hartarse saboreara en su juventud.

Ha sonado la media noche y es hora de marcharse.

Las visitas se retiran.

Corina deja el piano y sale a despedirlos.

Don David lleva más allá su obsequiosidad y llega hasta la esquina de Eleuterio Ramírez, donde deja a sus amigos instalados en un coche.

Corina lo ve volver y saborea con deleite el placer de su próxima victoria.

Ha sonado para ese hombre aborrecido la hora de la partida...

Ya no soportará más sus impertinencias.

No sufrirá su avaricia...

Jorge Sangts lo quiere...

¡SANGRE!

Todo en la casa está tranquilo.

Las luces se han apagado y no se sienten ruidos.

Los niños duermen el sueño de la inocencia.

Las sirvientes Francisca González, María Suárez y Alfredo Díaz, se han recogido.

Filomena Granifo tragina aún en sus quehaceres, esperando la despida la señora.

Duarte, la fiera de presa que ha de dar el golpe, espera en su escondite, silencioso.

Un alito de muerte se cierne sobre ese hogar.

En el silencio de la noche callada, se siente el suave ruido de una ave nocturna que atraviesa el tejado, lanzando al aire su fatídico:

¡Chon, chon!...

Don David penetra a su casa y acompañado por su esposa, que cierra con cautela la puerta, se dirige al dormitorio.

Corina se muestra atenta y cariñosa.

Es la gata que juega con el indefenso ratoncillo.

Ayuda a su esposo a desvestirse y lo abriga en el lecho.

—Nato—le habla—tápese los pies; no se desabrigue el pecho.

El viejo sonríe y aún cuando la abundante comida regada con bueno y copioso vino, lo inclina al sueño, recibe con deleite los mimos de su esposa.

¡Oh! Corina, desde hace mucho tiempo, no se ha mostrado tan cariñosa.

¿Es un capricho? ¿Es el amor que reverdece?

El no se detiene a pensarlo.

Siente que la diosa Vénus sonríe a su cabecera.

Columbrando días mejores, corresponde a las caricias de la rendida esposa y se juntan ambos en estrecha unión.

Para el viejo marido es aquélla una noche de inenarrables emociones.

Una noche que le recuerda los primeros tiempos de su matrimonio.

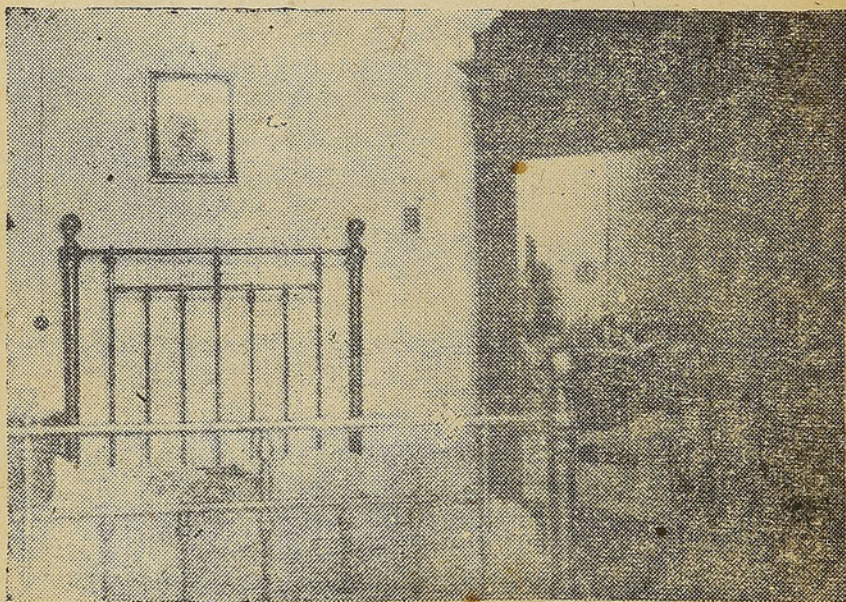
Al placer de la amistad, franca y sentida, se han agregado después las caricias tan dulces de la cariñosa esposa

Rendido por la emoción, quédase dormido así, de espaldas, con un sueño tranquilo.

Corina lo ve abatido, sin fuerzas, y lo contempla un instante con alegría salvaje.

Su alma reboza odio para el hombre que tiene delante.

Bien caro pagará pronto los favores que le ha ofrecido.



DORMITORIO DE DON DAVID DÍAZ MUÑOZ

De allí se dirige al escritorio y una nueva copa de Vermouth, da al instrumento de sus siniestros planes.

—Señora—dice el hombre, que conoce las delicias del presidio—¿no sería tiempo de arrepentirse?

—¿Por qué?

—Tengo miedo.

A pesar del alcohol, el hombre conserva sus sentidos y siente un vago temor.

En su alma de galeoto siente piedad para ese viejo dormido, que no le ha hecho ningún daño.

—¿Tienes miedo? Yo no lo tendré de dispararme un balazo y hacer que te culpen a ti.

—Dejemos la «operación» para otro día, señora.

—No; ha de ser hoy; ahora, que la ocasión es propicia.

—.....

—¿No te he ofrecido 500 pesos? Te los daré en el acto, y no te olvidaré después cuando reciba la fortuna que dejará el viejo.

—Pero....

—¿Qué más quieres? Me quieres a mí?..

Y sus labios se posaron en los labios del bandido; sus brazos le envolvieron el cuello.

¿Soñó jamás ese hijo del arrabal, en que una mujer como esa iba a rendirse a él?

Tal argumento fué el arma decisiva que lo movió a obrar, a acariciar la hoja de acero que ocultaba en el bolsillo de su grasosa y harapienta blusa.

Minutos después, Corina, que había indicado al hombre el camino y el modo de proceder, salía de ese cuarto agitada y se dirigía a llamar a la sirvienta Filomena Granifo.

Con ella se paseó un rato, fumándose un cigarro, hasta decirle:

—Acompáñame al excusado.

Tal era la señal convenida con el asesino.

Las mujeres se fueron para adentro, y el hombre salió de su escondite.

Aquellas iban tranquilas, la una pensando en que sus planes le saldrían bien, la otra indiferente.

El hombre, agitado, quiso apresurar su obra.

Atravesó en puntillas dos cuartos que lo separaban del dormitorio de su víctima, y llegó a esta sala, ampliamente iluminada por la luz eléctrica.

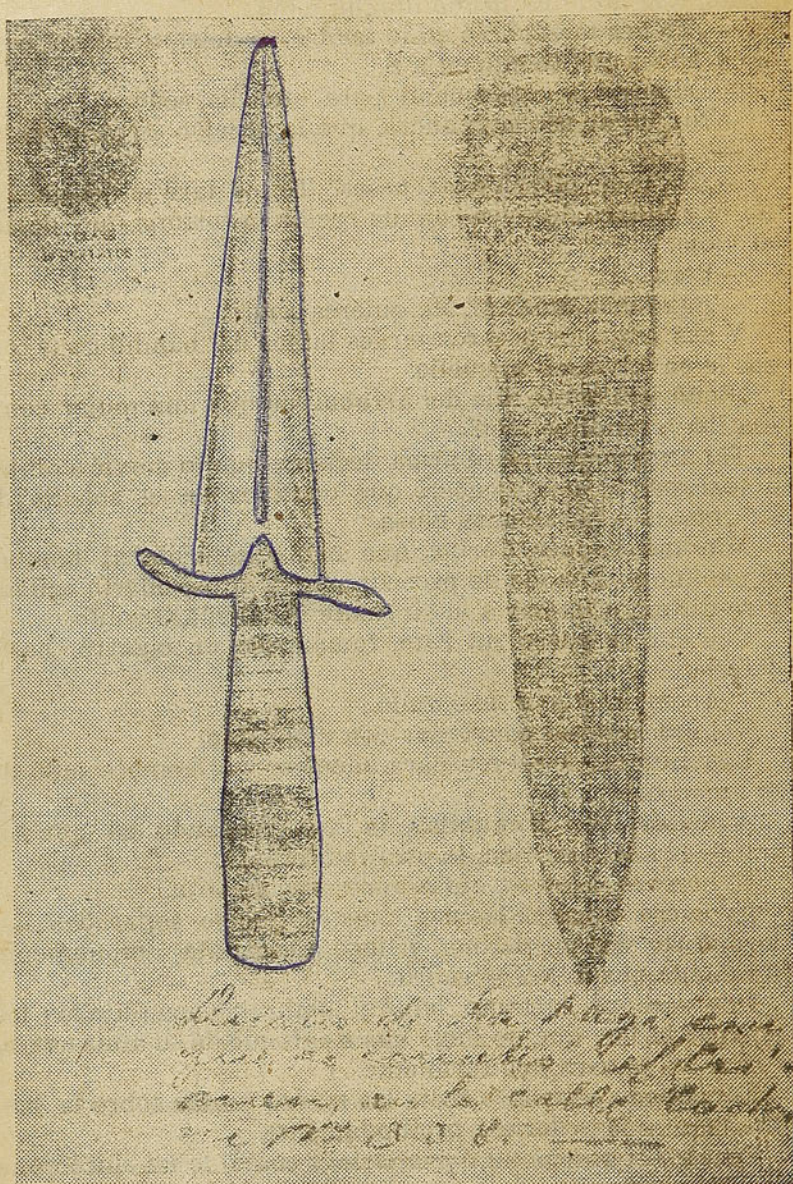
Detúvose un instante bajo el umbral, encandilados los ojos por la luz, que no llegó hasta el fondo de su alma negra, y observó la cara del durmiente.

El confiado caballero tenía las manos juntas sobre la mejilla izquierda y dormía profundamente.

Penetró el asesino al dormitorio y cogió de un rincón una carabina ahí colocada y asestó con la culata del arma un golpe formidable en la sien del desgraciado.

—¡Ay!—exclamó la víctima y trató de incorporarse, volviéndose en el lecho.

La obra estaba empezada y había que apurar su desenlace.



LA DAGA USADA POR DUARTE Y QUE FUE ENCONTRADA POR
LA POLICÍA EN LA ACEQUIA QUE EL ASESINO INDICARA

Arrojó el bandido la carabina y extrajo del bolsillo la hoja de doble filo de una daga.

Brilló el acero homicida con resplandores siniestros y describiendo un arco de alto a bajo, fué a perderse hasta el puño en el pecho de don David.

Al retirarla la mano que lo guiara, la sangre manó a torrentes. El asesino había acertado el golpe.

Una profunda herida llegaba hasta el corazón.

Por ahí se escapaba la vida.

Consumado su crimen, el asesino emprendió la fuga y corrió a la puerta de la calle que sólo estaba entornada.

Envainó la daga, miróse el traje, que estaba sin mancha, y partió.

Llegó a la calle Eleuterio Ramírez, cruzó hacia el oriente, se detuvo un instante para arrojar el instrumento de su crimen en una acequia, y siguió tranquilo su camino, para ir a ahogar los gritos del remordimiento bajo el manto de la embriaguez.

¡MUERTO!

Corina calculó, después de un rato, que la abominable operación se había realizado, y abandonando su retiro, volvió al dormitorio del anciano.

El cuadro de horror que esperaba se presentó a su vista.

El cadáver de su esposo, yacía inmóvil en un lecho de sangre:

—¡Ay! Dios mío! Muerto!—gritó desesperada, y avanzando hacia la cama, cayó a sus pies, presa de real o fingido ataque de histerismo.

¿Sintió, acaso, remordimiento por su obra?

El crimen fría y largamente preparado, ¿causábale algún horror.

Su corazón lo deseaba, su imaginación lo esperaba, su alma toda presentía en ese crimen la satisfacción de sus anhelos.

Los gritos de la infame, de ese prodigio de maldad en forma de mujer, despertaron a sus hijos y llevaron la alarma a la servidumbre.

Y en un instante fué todo en la casa agitación y congoja. Mientras la servidumbre atendía al herido y a la mujer que parecía enferma, el hijo mayor de la víctima, Heriberto, niño de 12 años, corría a la calle a llamar a la policía.

El pito del guardián lanzó notas lastimeras y acudió el oficial de servicio, don Patricio Achurra, quien dió cuenta a sus jefes y al juzgado de turno, del fatal suceso.

Servía el juzgado como suplente el juez de Coronel, don Arturo Laíz Verbal, a quien se comunicó a la 1 h. 5 m. de la madrugada del sábado, la novedad ocurrida.

Trasladóse el representante de la justicia al sitio del crimen, y a la 1 y media llegaba a la casa 338 de la calle Lord Cochrane.

Constituído el tribunal, practicó el juez las primeras diligencias que el caso imponía.

El cadáver presentaba una contusión de la cabeza, una herida en la mano que la cubría al recibir el golpe, y una profunda herida en el corazón.



DON DAVID DÍAZ MUÑOZ, MUERTO EN SU LECHO

Interrogada la servidumbre, María Suarez, Francisca González, Filomena Granifo y Alfredo Díaz, nada pudieron decir acerca del misterio con que se presentaba el suceso ante los ojos escrutadores del juez.

Ni una huella, ni un indicio, nada indicaba el camino del criminal, que no dejó rastros de su paso.

Sólo se veía en claro que no era el robo el móvil que impulsaba la mano del homicida.

La esposa del muerto seguía con ataques al corazón y parecía imposibilitada para hablar.

El juez decretó incomunicaciones, colocó guardias que impidieran el acceso a la casa y después de practicar un minucioso registro general, sin nada más que hacer por el momento, se retiró en la madrugada.

La noticia se difundió por el vecindario, trascendió a todo Santiago, y no hubo quién no se sintiera conmovido por tan alevoso asesinato.

¿Quién era el asesino? Tal pregunta se hacían todos, desde el juez sustanciador del proceso hasta el menos novadoso y más pacífico ciudadano.

El nuevo día permitiría que algún rayo de luz recorriera el espeso velo de sombras con que aparecía envuelto el misterioso asesinato.

Pero no fué así.

En vano el juez interrogó a los comensales que acompañaron al finado en la última noche de su vida, en vano interrogó a la servidumbre, que quedó incomunicada en la casa correccional.

El misterio seguía tendiendo sus alas sobre el crimen.

La autopsia médico legal del cadáver, practicada por el doctor Muñoz Labbé, en la misma casa de la familia, a pedido de ésta, dejaba en claro que la muerte había sido causada por la herida inferida al corazón con una daga de doble filo.

La autopsia y el examen del cadáver no decían esto sólo. Había una mancha de sangre que no provenía de la herida y que podía ser la punta de la hebra con que se descubriría el ovillo.

Las investigaciones posteriores indicarian si era así.

Entre tanto, la esposa de la víctima, que aparecía agobiada por la impresión, no podía hablar y seguía en su lecho de enferma, atendida por el médico señor Volney Quiroga.

El juez pensó que ella podía dar alguna luz y ordenó incomunicarla, quedando en tales condiciones en su propio domicilio, que era custodiado por el agente Finch y otro de la policía de seguridad.

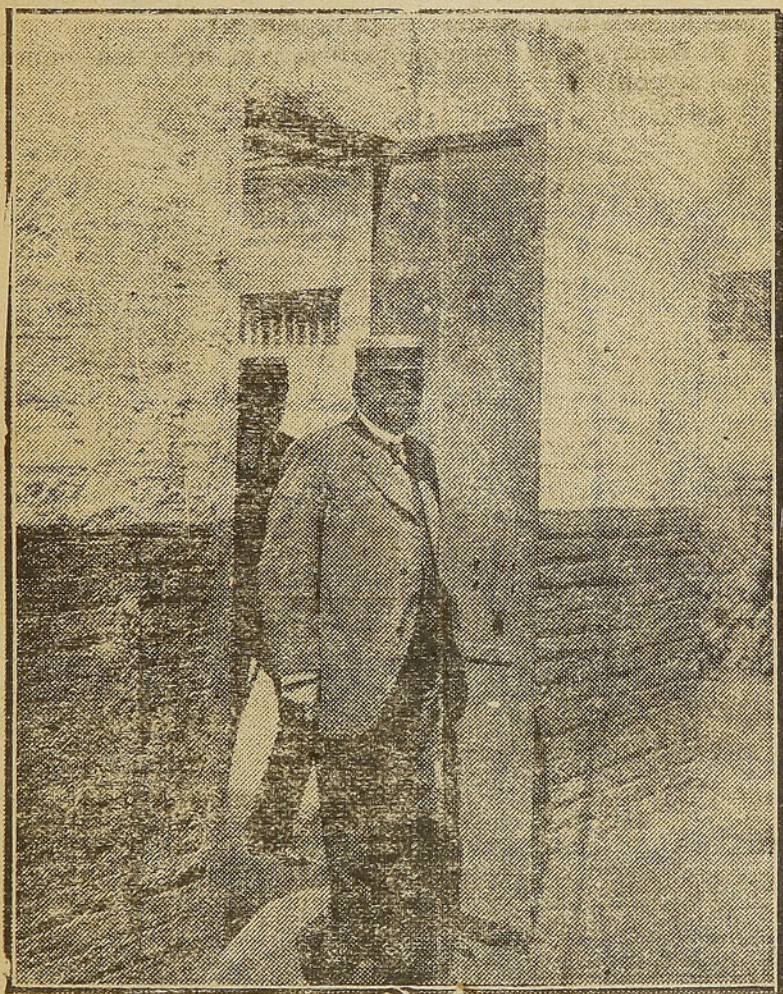
El tercer día amaneció sin que nada nuevo permitiera columbrar el principio del fin, el descubrimiento del misterio.

La roja mancha de sangre se oscurecía y no aparecía ni la daga que la provocara ni el brazo que guiara esa daga.

A las declaraciones apuntadas se agregaron las de las hermanas del difunto, señoritas Zoila y Lastenia Díaz, recién llegadas de Coinco.

Las interrogaciones versaban sobre la vida que llevaba el matrimonio Díaz Rojas, a fin de esclarecer cuál pudo ser el móvil del asesinato.

La perspicacia y sagacidad del juez suplente se hallaban a prueba.



EL JUEZ SUPLENTE DEL CRIMEN. DON ARTURO LAIZ VE RBAL

Presentábase a su vista un crimen misterioso que conmovía hondamente a la sociedad entera.

El telégrafo había difundido la noticia a través de las provincias y las prensas de todos los periódicos trepidaban nerviosas comentando los detalles del suceso.

Los ojos de todo el país, de norte a sur, seguían ansiosos los actos del juez sumariante, esperando que el brazo de la justicia descubriera al criminal y le aplicara su sanción.

¿Satisfaría el juez ese anhelo? Levantaría a su nombre un pedestal de prestigio que habría de colocarlo entre los más hábiles magistrados de la república?

El desarrollo del proceso lo diría y lo dirán los capítulos que siguen.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

¿QUÉ PISTA SEGUIR?

Tal como los hechos se ofrecían, no aparecía sino una madeja enmarañada de complicaciones, en la que sería difícil encontrar la hebra salvadora que sirviera de guía en medio de aquel laberinto de sombras.

¿Quién y por qué había empuñado el acero homicida?

¿Cuál era el móvil del delito?

¿Una venganza?

Talvez...

Un denuncia presentado al juez instructor podía dar asidero a tal hipótesis.

Un reo de la penitenciaría había escrito hacía seis meses, a don David Díaz, dándole cuenta de que otro penado, Ciriaco Dinamarca, tenía el propósito de asesinarlo.

¿Sería éste el criminal?

Dinamarca había salido del presidio hacía tiempo....

Pero había otros móviles posibles, a más del deseo de venganza.

¿Una confabulación de personas de la misma familia, interesados en que desapareciera la víctima?

¿Nada más?

Sí; podía ser un crimen pasional bien pensado, en cuya ejecución fuera cómplice la esposa del extinto.

El hábil magistrado, tal había de manifestarse, que entendía la causa, no descuidó ningún sendero y hacia todos fijó su mirada escrutadora.

Las declaraciones de Filomena Granifo daban pié de certeza a la última hipótesis.

En efecto, decía la criada, que al llegar su señora a la alcoba del muerto, al verlo herido, se abalanzó sobre él interrogándolo:

— ¡Nato, por Dios, contéstame, ¿quién te ha herido?...

Y miraba a la puerta, indicando a la sirvienté que por ahí debió salir el asesino.

Después, cuando la policía llegó hasta el domicilio, la esposa lamentaba el fin de su marido como el de un desgraciado suicida.

El juez ataba cabos, sin descuidar las otras sendas de investigación, y presumía que en un crimen de esta especie el cómplice debía ser un amante.

¿Lo tenía Corina?

Su existencia la conocía todo el vecindario.

Sin recato se exhibía Corina, desde hacían meses, en compañía del pianista Jorge Sangts, por calles, plazas y tranvías, llegando el hecho a ser un escándalo para muchos.

Jorge Sangts frecuentaba la casa del matrimonio Díaz Rojas y amenizaba sus tertulias con música de piano y de guitarra.

Tales antecedentes indujeron al juez Laiz Verbal, a decretar la prisión del profesor de piano.

A las 10 y minutos de la noche, tres agentes de policía echaban sus garras sobre el nuevo personaje, quien no presentó resistencia, y sólo se manifestó serenamente sorprendido por la orden del juez.

Había estado él muy lejos, en la noche del crimen, de la casa del suceso.

Hombre culto, de trato fino y sociable, tenía numerosas relaciones.

La noche del 27, estaba de visita en casa 228 de la calle Cueto, donde era amigo de cierta confianza.

Había llegado en la tarde, salido de paseo con las damas hasta el Parque Forestal, y quedándose después a comer.

En la noche se prolongó la velada hasta las 2 de la mañana, haciendo el visitante algunas pruebas de espiritismo.

Se retiró a las 2 a su domicilio de la calle Santa Rosa.

¿Qué podía temer?

Tranquilo contestaba las preguntas de los agentes y observaba el registro que se hacía en su domicilio.

Maletas, cómodas, veladores, cajones de la mesa, todo fué revuelto y minuciosamente observado.

El desorden quedó en esa pieza que su dueño mantenía con meticuloso cuidado.

Los agentes arrasaron con todo lo que podía interesarles: un pañuelo ensangrentado, muchos papeles y cartas, algunas escritas de puño y letra de Corina Rojas de Díaz, y la llave de la puerta de calle de la casa de la calle Cochrane.

Las cartas de Corina son cartas de amor, de un amor apasionado y violento.

Con estos y otros antecedentes, el juez dispuso la comparecencia de Corina Rojas a su despacho.

El juez no creía en la enfermedad que la mantenía en cama, aún cuando el facultativo de cabecera, don Volney Quiroga, reconociera en ella un pronunciado caso de histerismo, que pudo exagerarse con los desórdenes nerviosos que le produjera el hecho ocurrido en su casa.

El martes 25, a las 9 de la mañana, debía ser trasladada Corina Rojas desde su casa habitación hasta el tercer Juzgado, donde actuaba el juez.



GRUPOS DE CURIOSOS ESPERAN FRENTE A LA CASA
LA SALIDA DE CORINA ROJAS V. DE DÍAZ

Numerosa muchedumbre observaba con curiosidad la casa del crimen, a la expectativa de noticias nuevas que comentar.

Cuando un coche americano, cerrado, se detuvo frente a a puerta, columbróse novedad y la gente se agolpó a su rededor.

Pronto la puerta se abrió de par en par y apareció, sostenida por algunos miembros de su familia, Corina Rojas de Díaz Muñoz.

Llevaba vestidos, blusa y guantes negros; desde la cabeza le caía un velo ocultándole la cara, a la que llevó también sus dos manos. En una, tenía una cartera de cuero y el pañuelo.

Al bajar las gradas de la puerta una señora de luto, tal vez su hermana, la dijo:

— «No tengas cuidado, Corina, si quedas detenida; hay fortuna, saldrás con fianza »

Luego subió al coche, que partió inmediatamente, acompañada por los agentes señores Finch y Jara.

El primero llevaba un frasco de éter, que le dió a oler dos veces. Sin embargo, ella se conservó bastante tranquila durante el trayecto.

A las 9½ descendía Corina del carruaje en la puerta del Juzgado.

Serena, tranquila, con paso firme, apoyada ligeramente en el brazo del agente Finch, atravesó los pasillos y penetró a la sala reservada del juez, que la sometió durante una hora a un interrogatorio, al que respondió con serenidad, sin los histéricos anteriores, y con pleno dominio de sus facultades.

El interrogatorio fué emocionante, por la exhibición de los documentos reveladores para ella, encontrados en poder de Jorge Sangts, y que no podía por menos que reconocer avergonzada.

Después de hora y media de interrogatorio, salió Corina apoyada en el brazo del agente Finch.

Su aspecto no es el que tenía al llegar al juzgado. Su extremada palidez, sus pasos vacilantes, acusan en ella un notable decaimiento.

Antes de subir al carruaje sufrió una ligera fatiga.

El médico señor Muñoz Labbé la examina e informa que su salud no ofrece temor alguno para ser reclusa en un establecimiento penal.

Después de su declaración, el juez la ha declarado reo y dispuesto que en el acto sea reclusa incomunicada en la Casa Correccional.

En el mismo carruaje en el cual hizo el viaje al juzgado

fué conducida a dicha casa, yendo muy emocionada y con repetidos ataques al corazón, que obligaron a los agentes a prodigarle atenciones especiales para calmarla.

Allí quedó reclusa.

En la tarde compareció al tribunal el profesor de música, Jorge Sangts.

Vestía americana, pantalón claro y sombrero de paja.

Estaba pálido, emocionadísimo.

Interrogado sobre la sangre del pañuelo manchado,

—De mi nariz, dijo.

Su declaración duró algún rato y de ahí el juez lo mandó incomunicado a la Sección de Detenidos.

Las sirvientas de la casa fueron puestas en libertad.

El juez se sentía satisfecho.

A través de sus prolijas investigaciones, veía un sendero débilmente iluminado que sería talvez el camino que conduciría al fin.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

EL PRINCIPIO DEL FIN

El juez prosigue su labor, que ha de ver al fin coronada por el más brillante y rápido éxito que haya tenido jamás ningún proceso criminal.

Sin descuidar ningún camino, hace buscar a Ciriaco Dinamarca, y después ordena la detención de los parientes de la esposa de la víctima.

En la madrugada del miércoles 26, decreta el arresto de de las siguientes personas, que se realiza a las 4 A. M.:

Señora Rosa A. Rojas de Campos, señorita Laura Rojas González, don José Luis y don Senén Rojas González, todos hermanos de doña Corina, y don Ramón Campos Zagal, casado con doña Rosa Rojas, todos los cuales pasan estrictamente incomunicados a la Sección de Seguridad.

Los hermanos Rojas duermen en el salón de la casa de la víctima. Al ser aprehendidos, cambian ideas entre ellos y uno exclama:

«Si la Corina ha cometido la infamia de matar a mi cuñado, que se hunda.

Es mejor que nos tomen presos para que se convenzan de que somos inocentes.»

En la mañana se presentan al juzgado, custodiados por diversos agentes, estrictamente incomunicados, los hermanos y hermanas de Corina.

Visten de luto: las señoras llevan manto.

Don José Luis, al entrar, protesta en voz alta de que en la Sección de Seguridad se les haya tomado fotografía y filiación, como «si se tratara de criminales».

Don Senén se mantiene imperturbable, fumando cigarrillo tras cigarrillo. Su actitud, fría e indolente, contrasta con la nerviosidad creciente de don José Luis.

Este exclama en voz fuerte:

«Me extraña profundamente que nos hayan llevado a la Sección de Seguridad para tomarnos fotografías y filiaciones. ¿Somos, acaso, criminales?»

Don José Luis protesta también contra las afirmaciones, publicadas por la prensa, de un tenorio de lance, tal vez prendado de su *hermosa figura*, un tal Carlos Rossier, que *con un rasgo que le honra*, se ha presentado a declarar sin que lo llamen, contra el honor de su hermana.

Los detenidos son interrogados por el juez y quedan después incomunicados.

Pero no es éste el camino que al juez más le interesa.

Persiste en su mente la idea principal, de que Corina y su amante, Jorge Sangts, son los actores o tienen la clave del enigma.

Ambos niegan y aún más, Corina sostiene la inocencia absoluta de su amigo.

El juez espera y, entre tanto, ordena nuevas aprehensiones.

Un denuncia llegado a sus manos, lo hace aprehender a Alberto Duarte, de quien se cree que puede llevar vela en este entierro.

Sus indagaciones le dan pie también para aprehender a las brujas que visitaba Corina y que ya el Cronista ha presentado al lector.

Salomé Jofré, llegó acompañada del agente Amable Quiroga. Se trajeron de su casa: yerbas, naipes, y frascos con líquidos.

Rosa Cisternas, trajo consigo yerbas, zahumerios y naipes.

Ana Hosten, traída por el agente Zócimo Gómez, se presentó con un cargamento de naipes, yerbas y zahumerios. Destacábase un gran frasco lleno de «*Agua con uña de la Gran Bestia*». Así rezaba la etiqueta.

Han declarado las brujas que la Corina Rojas las visitó con frecuencia, acompañada por Sangts.

En sus visitas les hizo íntimas confidencias.

Comenzó por preguntarles tímidamente si su marido viviría muchos años.

Ante la imposibilidad en que se encontraban las hechiceras para responder satisfactoriamente a esas reiteradas preguntas, fué avanzando en sus peticiones.

Se quejó amargamente de su desgracia de ser casada con un hombre viejo, decrepito, tirano, avaro, que la torturaba y la hacía sufrir horribilmente.

Al fin expresó claramente su deseo: necesitaba un elemento poderoso que no dejara rastros para concluir con la vida de

quien le era tan odioso y que constituía el único obstáculo para realizar sus ideales de felicidad con Jorge Sangts.

Tal declaran las adivinas.

La Cisternas, agrega: pidió remedios para atacar la mezquindad de su marido, que le daba plata a las sirvientes y a ella la tenía siempre sin un centavo. Yo le di algunos zahumerios buenos para atacar el mal de avaricia.

En vista de sus declaraciones, el juez deja a las brujas, partir en libertad.

Después de tales interrogatorios, el juez resuelve un careo entre Corina Rojas y su amante, Jorge Sangts.

Los dos se miran en silencio: Corina, con la vista fija y la frente levantada; Sangts, con mirada torba.

El juez prende un cigarro y medio se vuelve para un lado, movimiento que aprovecha Corina para indicar silencio a su amante, sellando sus labios con el dedo.

El juez se vuelve bruscamente y exclama:

—¿Cómo es eso? Hay entre Uds. un secreto que guardan y que se recomiendan todavía con cinismo delante del juez.

Los acusados niegan: Sangts, débilmente; Corina, con energía.

Es inocente, dice, nada oculta y no tiene ningún secreto con nadie.

El juez, sonríe interiormente, satisfecho del resultado que ha obtenido.

Ha descubierto ya la punta de la hebra y le será fácil desenredar la madeja.

Ordena que los reos se retiren y ambos son sacados por sus guardias, Corina para ser llevada a la Casa Correccional de Mujeres, y Sangts, para ser vuelto de nuevo a la presencia del magistrado.

El proceso entrará desde ese momento, al principio del fin.

SE HACE LA LUZ

Figurilla secundaria de tenorio hasta ahora, Sangts tomará desde este momento, gigantescas y siniestras proyecciones.

Se manifestará su personalidad al descubierto, como la de un infame seductor, desleal, ruin, miserable, cobarde.

El juez ha podido darse cuenta de la delesnable calidad del hombre con quien trata.

Su actitud ante el estrado, contrasta visiblemente con la decidida y enérgica de Corina.

Jorge Sangts, ante el peligro, aparece pequeño, muy pequeño.

El juez lo hace volver a su presencia, y disimulando la repulsión que le provoca, lo incita a que hable.

—¿Es posible, le dice, que por salvar a una simple querida, Ud. se exponga a serios peligros?

Es mejor que me diga lo que sepa y así se salve Ud.

¿Qué le importa ya esa mujer, que no ha de ver más la libertad?

Las circunstancias la acusan y si Ud. no trata de salvarse, se verá también comprometido y se perderá.

Por la imaginación del reo pasa la visión de la celda del presidio, con sus barras de grillos, su pan negro, sus congojas.

Pasa acaso también la sombra del patíbulo. . . .

Su alma tiembla, palidez cadavérica invade su rostro.

El juez ha dado en el clavo.

—Hable y sálvese, insiste.

Ese «sálvese» es una esperanza que se ofrece al reo.

Se acoge a ella.

El temor al presidio puede más en su alma menguada, que el sentimiento de gratitud y lealtad a esa mujer que por su amor lo ha sacrificado todo, su honor, sus hijos, su hogar; a esa mujer que por su amor ha llegado hasta el parricidio.



AGENTES DE POLICIA BUSCAN LA DAGA EN LA ACEQUÍA
DE LA CALLE ELEUTERIO RAMIREZ

—Hablaré, señor juez— dice el infame.— Yo soy inocente.

—¿Quién es el culpable?

—La Corina.

—¿.....?

—Sí, señor; la Corina.

Hastada esta mujer—declara—con la vida de privaciones que le daba su marido, según dijo, resolvió hacerlo matar; y para ello recurrió a la casa de una «meica bruja», una vieja llamada Rosa Cisternas, que vive en la calle Camilo Henríquez.

La Cisternas, de acuerdo con su marido, José Cerda, que-

dó convenida con la Corina Rojas de proporcionarle al hombre que debía eliminar la vida del señor Díaz Muñoz.

Al cabo de algunos días, se presentó el elegido, a quien declara Sangts no conocer.

—¿Es un cochero?— le pregunta el señor Laiz Verbal.

—Sí, su señoría, un cochero.

Ese individuo fué ocultado por la Corina en la misma casa la noche de la comida, y cuando las visitas se hubieron retirado, penetró al dormitorio del señor Díaz Muñoz y consumó el asesinato.

¡La luz se ha hecho!

El criminal ha sido descubierto y tendrá su sanción.

La tendrán también sus cómplices.

La vindicta pública será satisfecha.

El juez puede sonreír con íntimo regocijo.

Puede felicitarse del resultado de su labor, que ha sido ardua, pero que en brevísimos días le ha permitido llegar al anhelado fin de la victoria.

Los culpables están en sus manos y la parte más escabrosa del camino ya está recorrida.

Hace volver a Sangts a su prisión y comparecer de nuevo a su presencia a la adivina de la calle Camilo Henríquez, Rosa Cisternas, la corredora de crímenes.

Niega la vieja, como la primera vez, pero no sonríe picarescamente, como lo hiciera horas antes al salir en libertad.

Poco a poco la confianza la abandona y al fin declara su participación en la trama que tuvo por objeto el arrancar del escenario de la vida a don David Díaz Muñoz.

—Sí - declara - Corina Rojas fué a pedirme que le buscara un individuo de coraje que asesinara a su esposo.

Ella buscó a Alberto Duarte y los puso en relación.

El viernes se reunieron en su casa por última vez y resolvieron precipitar el desenlace de la sangrienta tragedia.

Y nada más.

Ella no tiene otra culpa.

EL ASESINO

Su personalidad está descubierta y aparece ante el estrado el asesino.

Ya el Cronista lo ha presentado a sus lectores en los capítulos que anteceden.

A la 1 de la madrugada del jueves 27, comparece a presencia del juez señor Laiz Verbal.

La tranquilidad más asombrosa, el cinismo más desconcertante, son prendas de su carácter.

Se presenta ante el juez, sonriente, inconsciente de su situación, como el artista que desempeña ante el público el papel de una comedia.

Antes de exponer sus declaraciones, agregará el Cronista nuevos datos sobre este sujeto.

Tiene 31 años. Es viudo, con dos hijos de su primera mujer.

Hace siete años se casó en segundo matrimonio con Ester Venegas, de la que tiene un hijo.

Fué empleado en la Sección de Seguridad, en calidad de cochero de don Eugenio Castro, y se le tenía en buen predicamento. Tenía la categoría de agente; y usaba la placa que es el distintivo de los empleados de la Sección.

Hace poco más de un año, tuvo una cuestión con un jardinero de don Eugenio, Aurelio Campos, y le dió varios tajos con un cortaplumas; fué procesado, estuvo 84 días preso, y salió en libertad pagando una multa.

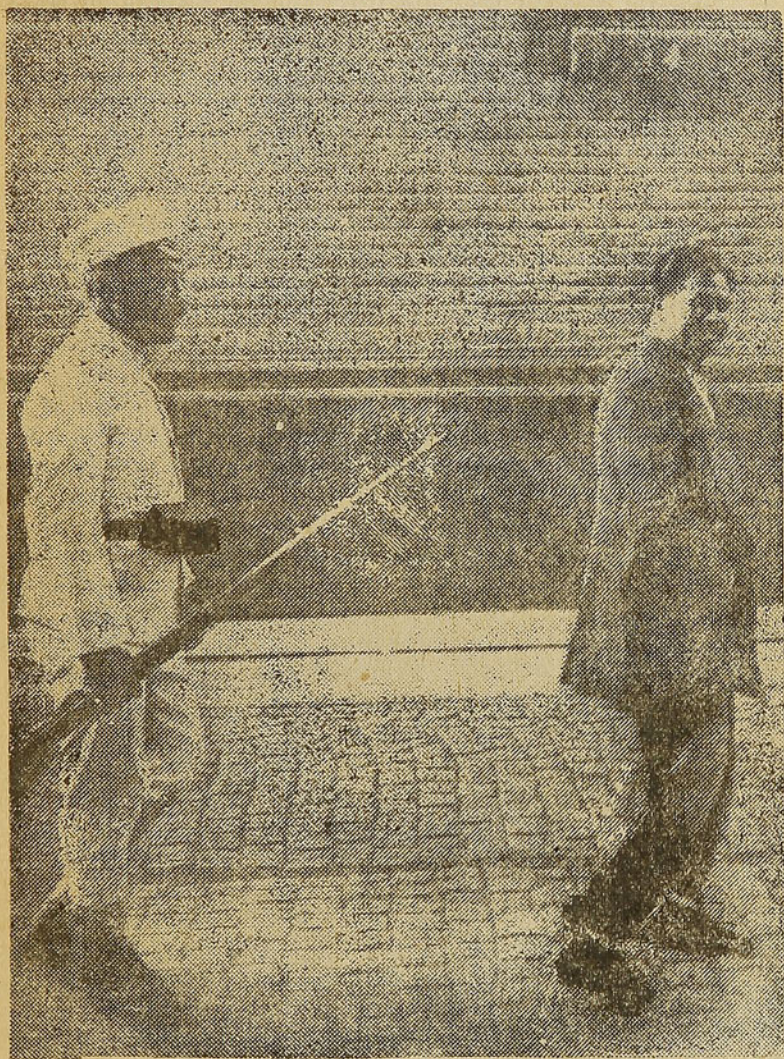
Fué despedido de la Sección.

En otra ocasión, en una riña, asesinó de una puñalada a un cochero del servicio público.

Aprehendido, fué puesto a disposición del segundo juzgado, servido por don Franklin de la Barra. Como el crimen

estaba probado por tres testigos, el señor de la Barra condenó a Duarte a cinco años y un día de prisión.

El reo apeló a la Corte, y el tribunal lo absolvió por estimar que los testigos no eran suficientes, por ser dos de ellos guardianes y el tercero un paisano que era enemigo perso-



EL ASESINO ALBERTO DUARTE MARCHA A LA PRESENCIA
DEL JUEZ

nal de Duarte y de su mujer. Se consideró implicados a los guardianes, porque Duarte era también de la policía.

Conocía, pues, Duarte, las interioridades de las cárceles.

Al presentarse ante el juez, pisa terreno conocido y no se inmuta.

Apremiado por el juez, da al fin, detalles sobre su participación en el crimen.

—Antes de Pascua me encontré con la Corina en casa de la Rosa Cisternas. Tratamos el crimen por 500 pesos y quedé yo de ir a Coinco, donde estaba don David.

Después de Pascua ella misma fué a dejarme a la Estación Alameda. Yo me quedé tomando en Requinoa, porque ví que en la carretela partía un agente de la Sección de Seguridad que me conocía.

La Corina se enojó y me obligó a volver, y esta vez acompañándome ella hasta la Estación Central de los Ferrocarriles.

Esta vez fui a Coinco; no me atreví a matarlo, y, después de estar una hora en ese pueblo, emprendí el viaje a pié de regreso a Requinoa, sorprendiéndome la noche en una montaña, donde dormí.

Me vine a Santiago y convinimos con la Corina, en casa de la Cisternas, en que el golpe se daría el día 21 en la noche.

Ese día me mandó llamar a casa de la Rosa Cisternas y me hizo jurarle con un Crucifijo en las manos que esa noche lo mataría.

Llegué a la casa a las 7 en punto, me topé con ella que me estaba esperando en la puerta, me hizo entrar a una antesala y me colocó tras de una gran cortina de felpa. Me trajo luego una copa de vermouth, me dijo que no había peligro ninguno, que me daría 500 pesos y que una vez recibida la fortuna, ella no me olvidaría.

Yo tuve miedo.

Me amenazó con matarse con un revólver que tenía en su velador y con dejar dos cartas que serían mi perdición.

Y nuevamente me trajo más vermouth.

Momentos antes de matarlo, me dió una gran copa de licor fuerte.

Tuve varias veces tentaciones de irme y le pedía que dejáramos el asunto para otro día, porque me daba no sé qué susto de que me iban a pillar. Me volvía a amenazar y me hacía nuevas promesas.

Después de comer, vino a la antesala y me dijo que los había dejado entretenidos en el parrón, y me tomó de la mano; me hizo atravesar el escritorio, su dormitorio y me condujo al cuarto en que yo iba a operar.

Me indicó cómo debía hacer el trabajo y me repitió muchas veces que era indispensable que me envolviera las manos con pañuelos para que no quedaran señales en la carabina.

Volvi a la antesala.

—¡Animo y valor!—me decía.

Después de las doce empezaron a retirarse las visitas. Cuando salió el señor Feliú, lo conocí por el modo de hablar. Después que se fueron todos, la señora se demoró algo por adentro. Cuando vino me dijo que ya era tiempo, que el caballero estaba acostado y que yo debería ir a matarlo en cuanto ella dijera en voz fuerte a la sirvienta:

—«Acompáñame al excusado.»

Casi le lloré, señor, porque no lo hiciéramos; todo fué inútil.

Le dije entonces que no hacía nada si no me dejaba, a lo menos, junta la puerta de calle. Se resistía a hacerlo y casi peleamos. Por último cedió y, andando en puntillas, abrió la puerta.

Me trajo también una gran copa de licor fuerte, que no supe lo que era. Minutos después sentí que le decía con voz fuerte a la sirvienta que la acompañara para adentro.

Quise salir luego del paso; atravesé el escritorio, el dormitorio de ella y llegué al cuarto del caballero, que estaba ya dormido.

Estaba encendida la luz eléctrica. Observé que dormía reclinado sobre el lado derecho y que tenía ambas manos cruzadas sobre la mejilla izquierda.

Me envolví la mano en pañuelos, tomé la carabina por el cañón y le asesté un golpe al lado arriba de la sien izquierda, con la culata.

No calculé bien el golpe y le pegué también en un dedo de una de las manos.

—¿Murió de ese golpe?

—No; se movió y se dió vuelta. Se levantó suavemente y se inclinó hacia el lado izquierdo.

Entonces saqué el cuchillo y le dí el golpe en el pecho.

—¿Dónde llevabas el cuchillo?

—Aquí en la cartera de la chaqueta, al lado derecho. Lo desenvainé y al tanteo le dí la puñalada.

Se levantó suavemente y se inclinó hacia el lado izquierdo, saqué la daga que llevaba en el bolsillo interior derecho de mi chaqueta, la desenvainé y al tanteo le dí la puñalada. No me acuerdo, señor, si tenía la camisa abierta.

Salí, entonces; en el umbral de la puerta observé que no tenía una gota de sangre.

Salí rápidamente y cerré la puerta de calle.

Seguí hasta la calle Eleuterio Ramírez y por la acera sur me encaminé hacia Nataniel.

En la esquina divisé un guardián y pasé a su lado muy tranquilamente.

Se me ocurrió que los niños o las sirvientes podían salir gritando de la casa, que el guardián pudiera tomarme y me encontrarían la daga, y acercándome a la acequia que está en la calle Eleuterio Ramírez, pasadito de Nataniel, la tiré envainada debajo del puente que hay en la acera.

Me fuí, en seguida, a un despacho que hay cerca de mi casa, de una señora Parada, y ahí estuve tomando toda la noche, yéndome en la mañana a mi pieza.

Tal declara el asesino con voz sonora y sonriendo a ratos.

Es un cínico perfecto.

Se le remachan grillos y él no los siente; antes por el contrario, se ríe de esas «pesadas espuelas».

El arma de que se ha valido para consumar el crimen es agregada al proceso, extraída por los agentes de policía de la acequia que pasa por la calle Eleuterio Ramírez en el sitio que ha indicado el criminal.

Es una daga de 22 y medio centímetros, con hoja de 13, 1 cm.

El mango es de cobre.

Ha sido hundida toda entera hasta el corazón de la víctima, para arrancarle la vida por esa profunda herida.

JORGE SANGTS

Ya el crimen está descubierto y su autor en poder de la justicia.

Detengámonos aquí para conocer a fondo la personalidad del delator, Jorge Sangts, que aparece ahora en una faz distinta de aquélla con que lo hemos presentado y con la que lo conocían sus numerosas relaciones.

Se decía alemán, nacido en Leipzig hace 24 años, hijo de alemán y de madre boliviana.

Residía en Chile desde hacía cuatro años.

Las personas con quienes cultivara relaciones, daban de él espléndidas recomendaciones.

De trato amable, con temperamento de artista, era en todo un perfecto caballero.

Ante sus conocidos y amigos de Santiago, Sangts apareció invariablemente como un hombre de rígidas costumbres, de sólida educación, de enciclopédicos y profundos conocimientos.

Ante las damas, es fino, cumplido, irreprochable; se capta sus simpatías.

Con esta máscara cubre su doble personalidad, que viene a manifestarse ante el juzgado del crimen.

Desaparece el engaño en que todos han estado respecto a él, y se le reconoce como un aventurero audaz, digno huésped de galeras.

Nuevos datos suministrados por personas que realmente lo conocen, ponen de relieve la verdadera personalidad de Sangts.

En primer lugar, no es alemán, como él dice, sino boliviano.

Nació en Cochabamba, Bolivia, y es hijo natural de un boliviano de apellido Gandarillas y de una señora de origen

alemán, de apellido Sangts. Su verdadero nombre es José Justino y no Jorge.

Su madre murió, estando Sangts ya en Chile. Aun viven en Cochabamba un hermano y una hermana.

Según referencias que se tienen por cartas recibidas de Bolivia, Sangts se casó en su pueblo natal y abandonó a su mujer.

Hará unos cuatro años conoció allí a una mujer casada y la indujo a asesinar a su marido, que tiene bienes de fortuna.

Como el plan fracasó, no tuvo más remedio que salir del país. Encaminó sus pasos a Chile.



JORGE SANGTS, EN SU PRISIÓN, CONVERSANDO
CON UN PERIODISTA

En Santiago, estuvo como empleado en la casa Weir Scott y C.^a y se dedicó a buscar alguna señora a quien explotar. He aquí cómo logró llegar a una casa y suggestionar a una señora.

Llegó a dicha casa a cobrar una cuenta de la casa Weir Scott y C.^a, y en vez de irse, una vez que le dieron el dinero, se quedó de pie en el pasadizo, formándole conversación a la señora dueña de casa.

Concluyó por decir que era profesor de piano, y la señora, viéndolo de pie, lo invitó a sentarse. Prometió volver en la noche. Volvió, en efecto, y se mostró muy correcto y muy culto y ameno en su conversación.

Se trata de un tipo meloso y que sabe desempeñar a la perfección el papel de hombre bueno.

En esa casa, conoció a una señora viuda con la cual poco después contrajo matrimonio.

Pero la concordia duró poco en el nuevo hogar. El pudo darse cuenta de que la fortuna—aunque no escasa—era inferior a sus cálculos; y la señora, a su vez, comprendió que el marido era un mal hombre. Después de haberla pedido mucho dinero, empezó por robarle numerosos objetos; le registraba sus muebles, le daba muy mal trato y llegaba con frecuencia a su casa en mal estado, o sencillamente no venía en toda la noche.

Aún más, logró hipotecar una casa que ella poseía, sin darle un solo centavo de todo el dinero.

La conducta que observaba durante su vida de matrimonio, fué la de un hombre sin sentimiento moral. Un día, por molestar a su mujer, le mató y despedazó un gato que quería mucho, y después le ordenó que fuera a verlo. Este detalle, al parecer insignificante, pone de manifiesto los sentimientos de Sangts.

A esto se agregó un extraño y terrible descubrimiento que la esposa hizo: Sangts no era alemán, ni soltero; sino boliviano, casado y fugitivo.

En efecto, mediante unas cartas olvidadas, tal vez, que él escribió a Cochabamba (Bolivia) se pudo cerciorar de que su esposo, cuyo verdadero nombre es José Justino Gandarillas, a quien creía un adolescente era un hombre avezado ya en las más infames aventuras; miembro de una respetable familia de Cochabamba, había sido obligado a casarse en su país con una joven pariente a quien había engañado, y después de inenarrables incidencias, abandonado miserablemente.

Supo, además, con espanto a qué obedecía su fuga de Boli-

via y su cambio de nombres. En unión de una señora casada, había tramado un infame plan para asesinar al marido y disfrutar de sus bienes.

El descubrimiento del complot y las amenazas de la proyectada víctima, lo obligaron a venirse a Chile.

Su vida, entre el desaparecimiento en Cochabamba y su aparición en Chile bajo el supuesto nombre de Jorge Sangts, era todo un tejido de horrores y de aventuras tenebrosas.

Fácil es imaginarse la impresión de la desgraciada esposa cuando se enteró de todo. Su marido no sólo era un mal marido, sino un mal hombre.

El terrible descubrimiento costó caro a la señora X. Impuesto el aventurero de que álguien conocía su secreto, ejerció sobre su segunda esposa violencias inauditas. Llegó hasta a encerrarla en su cuarto, a donde él mismo le llevaba la comida para que no pudiera comunicarse con nadie.

Por felicidad, la señora X tenía hijas, algunas de las cuales estaban ya casadas y cuyos maridos entraron en acción.

La fortuna de la desgraciada había ya desaparecido entre las manos del infame que accedió por fin a dejarla en libertad, no sin amenazarla con la más horrible de las venganzas si llegaban algún día a decir algo de su secreto.

El temor selló así los labios de la engañada señora, que vió en silencio cómo el audaz aventurero seguía en esta capital su vida de farsa, y de traiciones, explotando, especialmente, las situaciones que lo han llevado por fin a manos de la justicia.

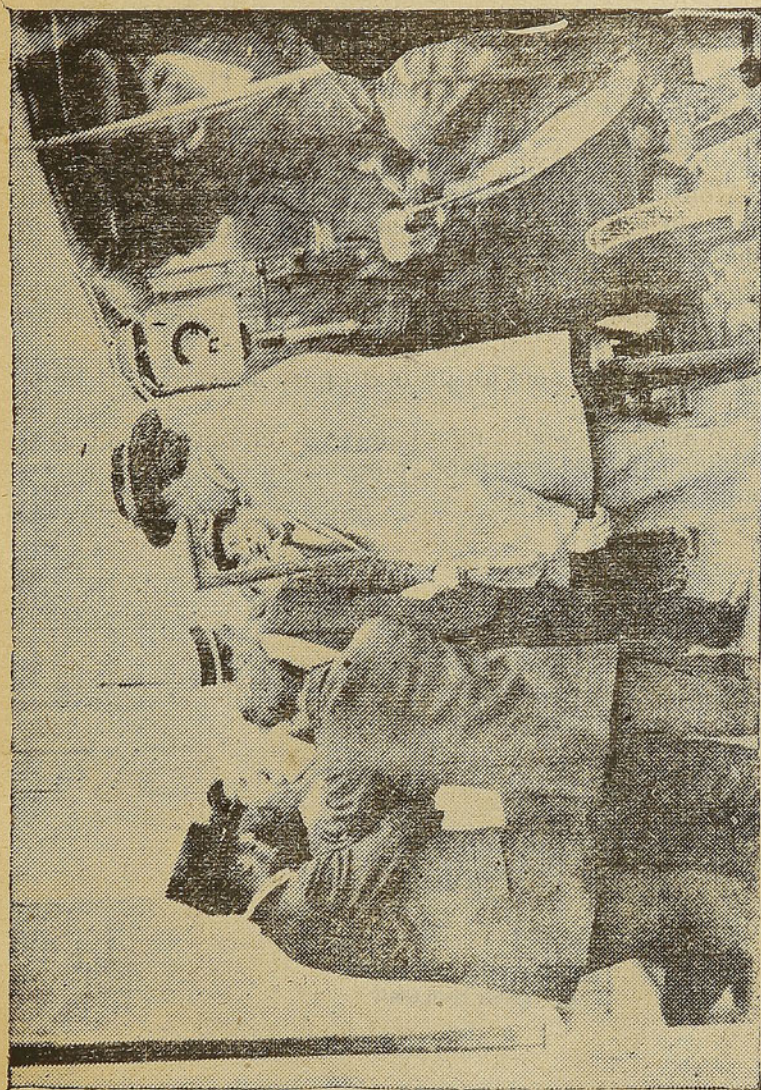
Desde entonces Sangts fué empleado en diferentes partes: entre otras, donde Weir Scott, y se dedicó a hacer clases de piano, viviendo siempre en casas de pensión.

No obstante su pasado, en ellas dejó muy buenos recuerdos por su honradez y corrección.

Sus relaciones íntimas con Corina Rojas datan de unos ocho meses, más o menos. Hábil y previsor, temiendo que pudieran salirle fallidos sus designios, había preparado su retirada.

En efecto, había dicho que estaba cansado y aburrido. Aun más, hace unos dos meses y medio, en noviembre, publicó un aviso en diarios de provincia solicitando ocupación en colegios o casa particular. También había avisado en la pensión, hace dos meses, que se iba a retirar.

En el aviso publicado en un diario de Concepción, decía: «Caballero extranjero, honorable, sin pretensiones ni vicios; conoce manejo once instrumentos música. Habla tres



CORINA ROJAS SUBE AL COCHE QUE LA HA DE CONducir ANTE EL JUEZ

idiomas. Solicita ocupación digna de él en casa particular o colegios Concepción, Valdivia, Temuco u otra ciudad importante del sur. También tiene conocimientos química industrial. Dirigirse: J. Sangts Frick, casilla, Santiago».

Pero sus estratagemas de nada le han valido. Su personalidad está descubierta, y su culpabilidad probada.

Y ha quedado de manifiesto que ha sido, en efecto, un tenorio de la peor especie: aquél que vive con lo que le dan las mujeres.

Estuvo, por ejemplo, de pensionista en una casa de la calle Alonso Ovalle, en donde, en varios meses, no pagó un centavo de su pensión. En cambio, se declaró novio de una de las dueñas de casa.

En su tarjeta se dice profesor de varios instrumentos de música; pero, en realidad, sólo sabe tocar el piano, y eso, no de una manera sobresaliente.

El piano ha sido sólo un pretexto para hacerse de relaciones que le interesan.

Desde ahora no podrá más valerse de él, porque, encerrado tras las rejas de la prisión, purgará en ella las responsabilidades de su crimen.

HABLA CORINA

El descubrimiento de la horrible trama, la salida de todos sus ocultos personajes a la escena, vencen al fin el ánimo de Corina.

No es ya la mujer altiva y enérgica de los primeros días, que niega, contradice y se defiende.

No es ya esa mezcla extraña de valor y de pasión, con tintes confusos de Quintrala, de Lucrecia Borgia, de Margarita de Borgoña y de Isabel de Inglaterra; es una mujer decaída, sobre la que parecen haber pasado largos años de vida y sufrimiento.

Ya no piensa en luchar, sino en rendirse a la desgracia que la agobia.

Pide hablar con el juez y sin rodeos le confiesa su culpa.

Veamos la transcripción que se hace por un íntimo del juez, acerca de su declaración en esta entrevista.

—«Soy cristiana, le dijo—apunta el relatante—y pesaba sobre mí un juramento sagrado. Al acordarse llevar a cabo el asesinato, la Rosa Cisternas y Alberto Duarte me obligaron a hacer este juramento con un Crucifijo en las manos: «Juro, no confesar nunca la verdad, aunque me maten», y la infortunada mujer rompió a llorar con amargura indecible, con sollozos que parecían revelar amargo remordimiento e indecible dolor

—«Yo no pensé nunca en matar violentamente a mi marido, que me maltrató de palabras, me escatimó dinero hasta para mis más premiosas necesidades; llegó a prescindir de mí, hasta entenderse directamente con las sirvientes para los gastos diarios de la casa.

Permitió, sin un gesto de protesta, que sus hijos, habidos en otras mujeres, vinieran, como ocurrió en Coínco, a arrojarme piedras a mi hogar. Yo no ignoraba, por cierto, que

tenía a sus amigas íntimas en Rancagua, en Rengo y en Coinco, donde yo pasaba con él y con mis hijos largas temporadas. Su avaricia llegó hasta el extremo de negarme quince pesos que le pedí reiteradamente para cancelar una cuenta que tenía en la tienda «La Iberia».

La obtención de 20 o 40 centavos para carro era un verdadero problema, cuya solución me costaba una o dos horas. Nunca hombre alguno escatimó como mi marido lo que la mujer más humilde necesita para sus más íntimas necesidades. Y todo ello sin ningún afecto, con tratamiento duro y con gesto siempre despectivo. Y yo sabía, con profunda amargura, que si para mí no había dinero, lo había, en cambio, para las ligerezas y aventuras galantes de mi marido.

¡Cómo sentía yo en el afecto de Jorge Sangts un olvido a mis pesares, un lenitivo a mis sufrimientos! Y todo esto en doce años de vida conyugal destrozadas, desde el primer instante, las ilusiones y esperanzas que toda muchacha cifra en el matrimonio.

«Señor juez, es menester vivir la vida íntima del hogar con un marido que humilla y veja a su mujer, para apreciar cuánta amargura y cuánta disolución se apodera de una mujer y la hace acariciar las delicias de la soñada libertad.

«Yo no quise matar nunca a mi marido. Fui a casa de Rosa Cisternas para pedirle remedios que concluyeran lentamente con la existencia de un hombre que tan injustamente me humillaba. Me dió en una ocasión unas sales cristalinas que debería yo darle en un guiso y que producirían su lento desaparecimiento. Se las di en un plato de garbanzos. Sus dientes chocaron con una substancia dura, y ante el peligro que me descubriera le quité violentamente el plato. Nada sospechó.

«Volvi a la casa de la Cisternas y le expuse la ineficacia de sus remedios.

«Me manifestó entonces la Cisternas que había llegado el momento de proceder «a mano». No comprendí lo que me quiso decir. Me habló de la necesidad imperiosa de que mi marido desapareciera, insistió en que todo ello no ofrecía peligro alguno, en que había gente apta y discreta «para hacer el trabajo», y que todos seríamos felices. Y durante cuatro meses la endemoniada vieja insistió, e insistió en que debía yo seguir sus consejos para terminar una vez por todas con la vida tan amarga y tan odiosa que me daba mi marido. Siempre me resistí a ello. Prefería una muerte lenta, sin sufrimiento, que le llevara a la tumba de un modo que hasta cierto punto me engañara a mí misma.

«En mis momentos, que eran muchos, de hondos sufrimientos, iba yo a casa de la Cisternas, que desplegaba todo su ingenio para convencerme de que todo era fácil, de que no había peligro ninguno, de que una mujer joven como yo, tenía derecho a gozar de las delicias de un afecto de un hombre joven también, sin estar sometida a las torturas, a



CORINA ROJAS SALE DEL JUZGADO ENTRE DOS AGENTES

los vejámenes y a las privaciones que, día a día, momento a momento, me hacía experimentar mi esposo.

«Jamás podrá imaginar su señoría cuánto sufrí yo y cuánto vacilé ante la idea de un crimen. La Cisternas y Duarte, desde el momento en que por desgracia los consulté, me hicieron objeto de una verdadera persecución. Yo les pedí incesantemente que me dieran remedios para concluir con su vida, de una manera lenta y hasta cierto punto tranquila. La idea del crimen, brutal y sanguinario, crispaba mis nervios y hacía vacilar mis propósitos.

«Nuevamente volví a la casa de la Cisternas para ver si las cartas me decían algo sobre la proximidad de la muerte de mi marido; ¡que quiere, señor juez!; la mujer que sufre, que es víctima del mal tratamiento de su marido, que siente el azote de las injurias que le infieren, cara a cara, y aún a cada instante, los hijos de otras tres mujeres, que tienen por padre a su propio esposo, se encuentra arrastrada por una fuerza superior e inexplicable, que la lleva a extremos inconcebibles, hasta hacerle olvidar los deberes de la esposa y de la madre.

«¡He sufrido tanto! Soné encontrar en mi matrimonio esa anhelada felicidad que todas las mujeres persiguen al unirse eternamente a un hombre. Yo no encontré nada. El desaliento fué intenso. Mi marido era inculto, era grosero, era vicioso, era avaro, ¿cómo vivir así?

«Y en Jorge Sangts encontré cultura, distinción, terneza, consideración y afecto. Su charla, siempre amena y atractiva, hacía-me olvidar las tristezas de mi vida del hogar. Yo no pretendo justificar mi falta; explico las torturas de mi alma, el desaliento de mi vida, las tristezas de mi corazón.

«Perdóneme, Su Señoría, si le hablé así; pero, aunque me haga daño, yo quiero decirle la verdad, toda la verdad, por amarga que ella sea, y aunque me presente como una mujer que no comprende sus deberes de casada.

«Volví nuevamente a la casa de la Cisternas y le insistí en que me diera un remedio que produjera una muerte tranquila.

«Duarte y ella me hablaron vehementemente para convencerme de que había llegado el momento de proceder. Insistieron una vez más en que era preciso realizar el crimen sin mayores dilaciones, en que estaba asegurada la impunidad absoluta, en que con remedios no se conseguiría el desaparecimiento de mi marido. Tuve la debilidad de ceder, y pocos días antes de Pascua, partió a Coínco Alberto Duarte y regresó desde Requínoa, porque en la misma carretela

que salía para Coinco iban mi marido y un individuo conocido de Duarte. Lo mandé nuevamente el 28 o 29 de diciembre, y, según supe más tarde, él estuvo bebiendo en Coinco, sin atreverse a realizar el compromiso.

«La Cisternas y Duarte insistían con imposiciones y amenazas en que realizáramos el crimen. Me encontré cogida entre sus redes y acordamos que se hiciera en la noche del 21».

Corina, al fin ha confesado su culpa. Sus cómplices también están confesos.

Desde ahora Corina ocupa una celda en la Penitenciaría, al lado de la Rosa Castro, la sirvienta complicada en el otro parricidio de El Boldo.

SIGUEN LAS CONFESIONES DE CORINA

En el alma de Corina Rojas se ha producido una rápida evolución.

Las impresiones recibidas han obrado en ella con demasiada fuerza.

Sabe ya que su amante la ha traicionado y que es él el autor principal de su desgracia, el principal delator.

Un desgarramiento doloroso lacera su corazón.

El idolo de ayer, el hombre que la dominaba, ha caído de su pedestal de adoración y es hoy para ella, un ente despreciado y odiado.

¿Cómo? Es él quien la ha vendido?

¡Ah! El cobarde! el infame! el miserable!

Corina lo odia.

Ya no lo defenderá, no se sacrificará por él; confesará la verdad; procurará perderlo.

El juez la oye.

Transcribimos un relato de su confesión:

«Fué él, Jorge Sangts o José Justino Gandarillas, quien me indujo, quien me obligó a hacer matar a mi marido. ¡Cuán ruda y cuán amarga fué la lucha! Venció él porque yo le quería, porque me dominaba en absoluto y porque preferí hacerme criminal antes que él se suicidara.

«Mil veces me habló de sus celos horribles porque mi marido vivía conmigo.

—«No puedo tolerar, me decía, que ese viejo despreciable sea un obstáculo para nuestra felicidad. El dilema es éste: o él desaparece, o yo me suicido.»

Innumerables veces me amenazó con darse un balazo si yo no hacía asesinar a David. En varias ocasiones me dijo:

—«Corita, guárdeme esta noche mi revólver, porque tengo la certeza de que al llegar a casa voy a matarme. No puedo sufrir por más tiempo que me prive de ser dichoso. ¡Sería

tan sencillito que fuéramos felices! De usted no más depende! Atrévase; deshágase de ese hombre imbécil, incapaz de comprenderla, que, no obstante su fortuna, niega a Ud. el dinero que debe tener una mujer joven y hermosa para vestirse con lujo y hacer brillante papel.»

«Es muy inteligente; habla en tal forma, con tanta vehemencia, que me dominaba.

«Fuí cediendo lentamente, y cuando le dí la respuesta afirmativa que él ansiaba, se deshizo en protestas de cariño y en seguridades de que nada se descubriría.

«Me trajo al día siguiente un frasco de veneno y me repitió las instrucciones para dárselo.

«Mi conciencia me gritó que iba a cometer una monstruosidad, y resueltamente le dije que no mataría a mi marido y le devolví el veneno. ¡Qué escenas ocurrieron por mi negativa! Me amenazó con irse muy lejos de mí y con la agitación que iba en aumento, me juró que se suicidaría.

Fuí vencida por el cariño que le profesaba, por sus amenazas y súplicas, por ese don de sugestionarme, de hacerme obedecer sus órdenes. Me dominaba en todo sentido.

«Eran tan incesantes sus exigencias de dinero, que me veía obligada a guardar la mayor parte del dinero que mi esposo me daba para los gastos de la casa, ropa para los niños, etc. Siempre me hablaba de grandes negocios, que le faltaba dinero para realizarlos.

«Le dí de a 500, de a 700, en una ocasión, 1,000 pesos. Me llenaba de deudas, no pagaba las cuentas, a fin de poder darle lo que me exigía, hasta con violencia. Le dí más de 4 mil pesos, sin contar la mayor parte de mis joyas que fueron a las casas de préstamos. Todo era para él.

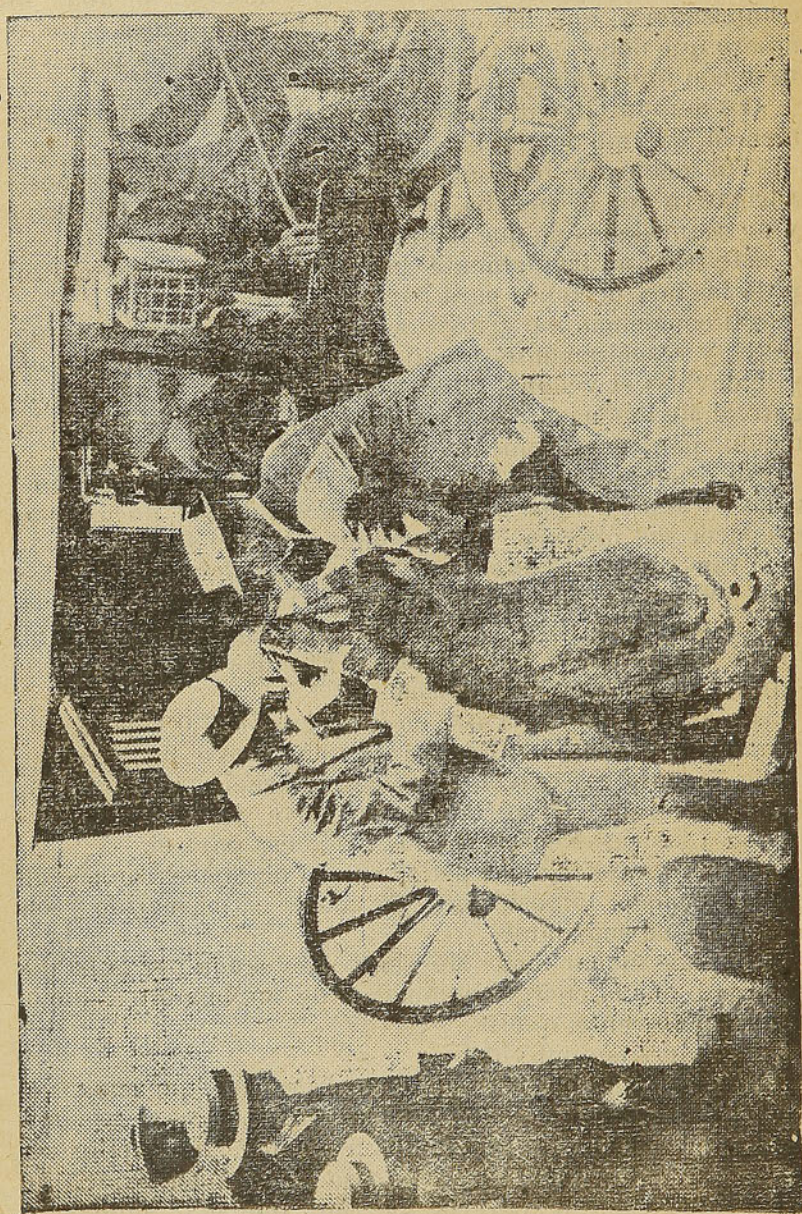
«Cuando satisfacía sus peticiones de plata, cesaban por algunos días sus imposiciones de matar a mi marido y sus amenazas de suicidarse.

«No pude luchar más. Me sentí subyugada por la férrea voluntad, por la energía indomable de un hombre a quien, desgraciadamente, quería.

«¡Era tan triste mi vida!

«Conocía todas las liviandades de mi esposo, que malgastaba su dinero y su salud con mujerzuelas. Los numerosos hijos que en ellas tenía llevaron su insolencia hasta el extremo de arrojarme piedras a mi casa y de insultarme. No quise defenderme, y parecía que mis quejas le inducían a tratarme con mayor dureza.

«La existencia se me hizo más y más insoportable. Y nuevamente me apremiaba Sangts para que cumpliera el jura-



CORINA ROJAS DESCIENDE DEL COCHE FRENTE AL JUZGADO DEL CRIMEN

mento que le había hecho. Me obligó a que buscara a la Rosa Cisternas — a quien visitamos juntos en numerosas ocasiones — para que ella nos indicara el asesino.

«Poco antes del crimen, una noche que yo me manifestaba vacilante, volvió a hablarme con calor de su cariño, a reiterarme sus celos. Invitó a David a salir a dar una vuelta. Mi marido no llegó a casa en toda la noche. Interrogué al día siguiente a Sangts por qué había inducido a mi esposo a cometer tal cosa, y me respondió así:

— «Es que los celos me devoraban.»

«Dominada por él consulté el crimen. He comprendido — tardíamente, es cierto, — que Sangts no miró en mí sino a una pobre mujer a quien explotar, a la que indujo al abismo para que, libre mañana de su esposo, fuera él dueño absoluto de una fortuna, ya que sabía que yo nada habría de negarle.

«Sé que me ha traicionado, que me ha vendido, que su declaración fué el principio de la constatación de mi culpabilidad».

Al hablar, la infeliz llora y suspira.

La postración que manifiesta inspira piedad.

CORINA EN SU CELDA

Hemos llegado al término de la jornada.

Se ha rasgado el velo del misterio que cubría el crimen de la calle Cochrane, el asesinato de don David Díaz Muñoz

El asesino y sus cómplices no tardarán en recibir la pena que la ley señala a sus delitos.

Esperan ellos en su prisión, el fallo de la justicia.

La bruja Rosa Cisternas mira sin impaciencia la marcha de los sucesos.

Casi centenaria, de todas suertes se ha de abrir pronto para ella la silenciosa y apacible cárcel de la tumba.

Alberto Duarte hace gala de su estoicismo. Manifiesta una alegría extraña, salvaje, la alegría del tigre que se sacia en el cadáver de su presa.

—Ya confesaste todo, hombre?

—¡Qué le vamos a hacer, pues! Para eso soy hombre.

—¿Y no trataste de negar, siquiera?

—¿Para qué? dice sonriéndose.

—Y ahora, ¿qué piensas?

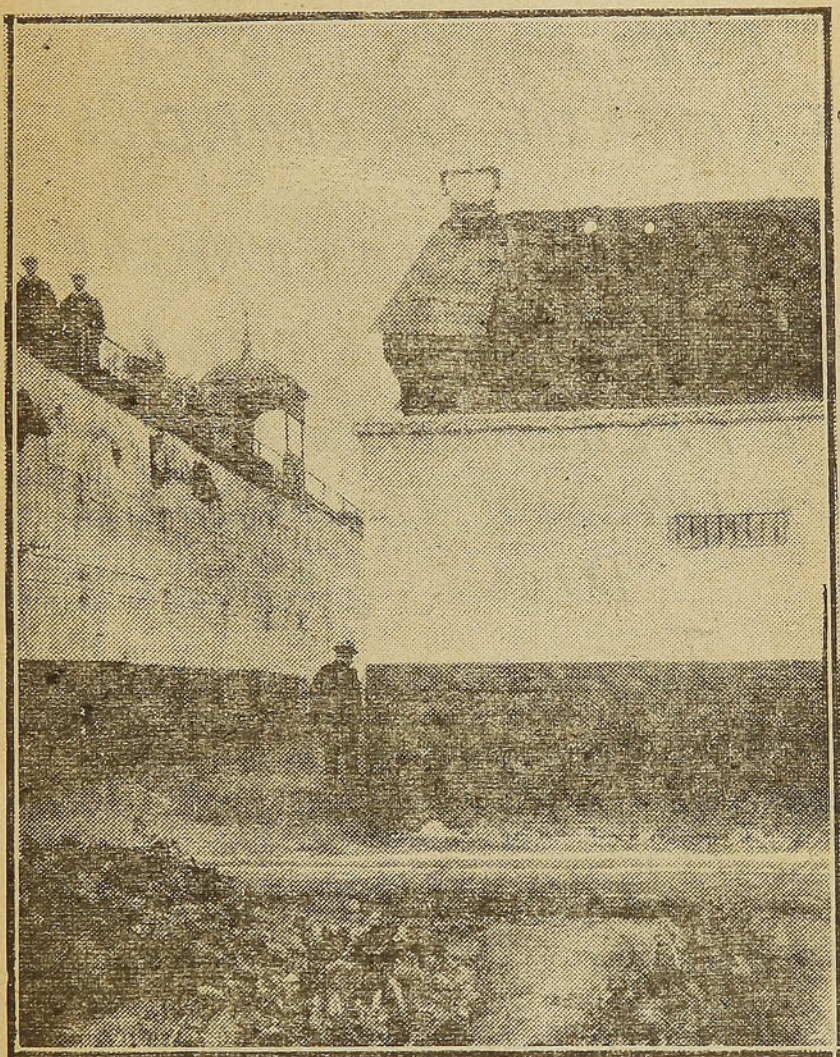
—Aguantar no más. Cumplir mis años y...

—¿Años? Si no tienes otra esperanza que cuatro tiros.

—Si yo sé de leyes. Como yo confesé al tiro, tengo atenuantes.

—Nada de eso. Todas son agravantes.

—Si yo negara en la confesión con cargos, todavía me salvaría.



PATIO EN QUE ESTÁ LA CELDA QUE CORINA OCUPA
EN LA PENITENCIARIA

Este hombre no merece compasión.
Jorge Sangts o Justino Gandarillas, aún cree salvarse.
Aún cree en el amor de Corina y le escribe cartas, cabalísticas.

ESTO ESCRIBE UNA
COFRADE DE LOURDES

GREGORIA CORAZON
TE LEVANTARAS TRIUNFAN
TE I GLORIOSA EN MEDIO
DE TUS CALUMNIADORES
DIOS ES GRANDE
TODO ES POR POCO
TIEMPO. NO OIGAS NI
DIGAS NADA DE MI.

LA VIRGEN DE AN
DACCOLLO ES VESTRA UN
ICA C^{IA}. ELLA CONDUCE
RA EL BARCO DE TU VIDA
TEN CONFIANZA.

CARTA AUTÓGRAFA DE JORGE SANGTS, DESDE SU PRISIÓN,
A CORINA ROJAS

Dice que él la ama.

Que se le ha torturado, ultrajado, para que confiese en complicidad, pero que probará su inocencia a la justicia y a todos, en una conferencia que dará en un teatro!!!

¡Es un infeliz!

Corina llora su culpa en una solitaria celda de la Penitenciaría.

Hoy es otra mujer.

El color cetrino, la mirada baja y apagada, el rostro surcado por arrugas que acusan en ella una prematura vejez. Su voz tiene inflexiones de lamento.

Cuando, al caer la tarde, las sombras empiezan a velar el estrecho recinto de su prisión, el terror la domina y parece le ver aparecérsese el rostro de su esposo que clama venganza, contraído horrorosamente por la última mueca del dolor de su rápida agonía.

Y cree ver la fatídica y sangrienta imagen del cadalso.

A sus oídos llega pavoroso el chirrido de los cerrojos que clausuran los patios del presidio.

Las melodías melancólicas de la banda de músicos, lléganle hasta el fondo del alma y oprime su pecho la congoja.

¿Qué fin la espera? El presidio sin fin? La muerte ignominiosa?

Llora.

Por su mente pasa el recuerdo de su vida: su infancia florida, sus años de juventud, sus primeros amores, la tranquilidad del hogar no mancillado, la sonrisa de sus hijos...

Y después... Jorge Sangts, sus amores culpables, sus siniestros planes, el crimen, la delación de su amante...

Para ella, en su soledad, no habrá más consuelo que el llanto y la plegaria del arrepentimiento.

¿Qué fué de los goces soñados?— Ilusión desvanecida...

¿Esperanzas de libertad?— Están muertas.

No hay esperanzas; no hay consuelo...

La banda sigue tocando sus notas lastimeras.

Corina llora, llora...

Que se haga justicia.

Pero que haya piedad.

BIBLIOTECA NACIONAL
REGION CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL

7 - JUN 1958

Secc Control y Cat.

EPILOGAL

Al terminar este relato, el cronista cree obra de justicia rendir homenaje a los funcionarios que han intervenido en la prosecución del sumario hasta el esclarecimiento del delito.

Tras brevísimo tiempo, comparado con el de otros procesos, se ha dado con la solución del enigma y comprobación de la personalidad y culpabilidad del asesino y sus cómplices.

Este espléndido resultado se ha obtenido gracias a la perspicacia y sagacidad del juez sumariante, y gracias al celo y actividad desplegadas por el jefe de la Sección de Seguridad, don Eugenio Castro, y sus agentes, quienes en esta ocasión, han vuelto por el buen nombre de su repartición, sobreponiéndose a los absurdos rumores circulados y de los que no queremos hacernos eco.

La vindicta social quedará satisfecha.

Dignos de encomio son los que han contribuido a tal resultado.
